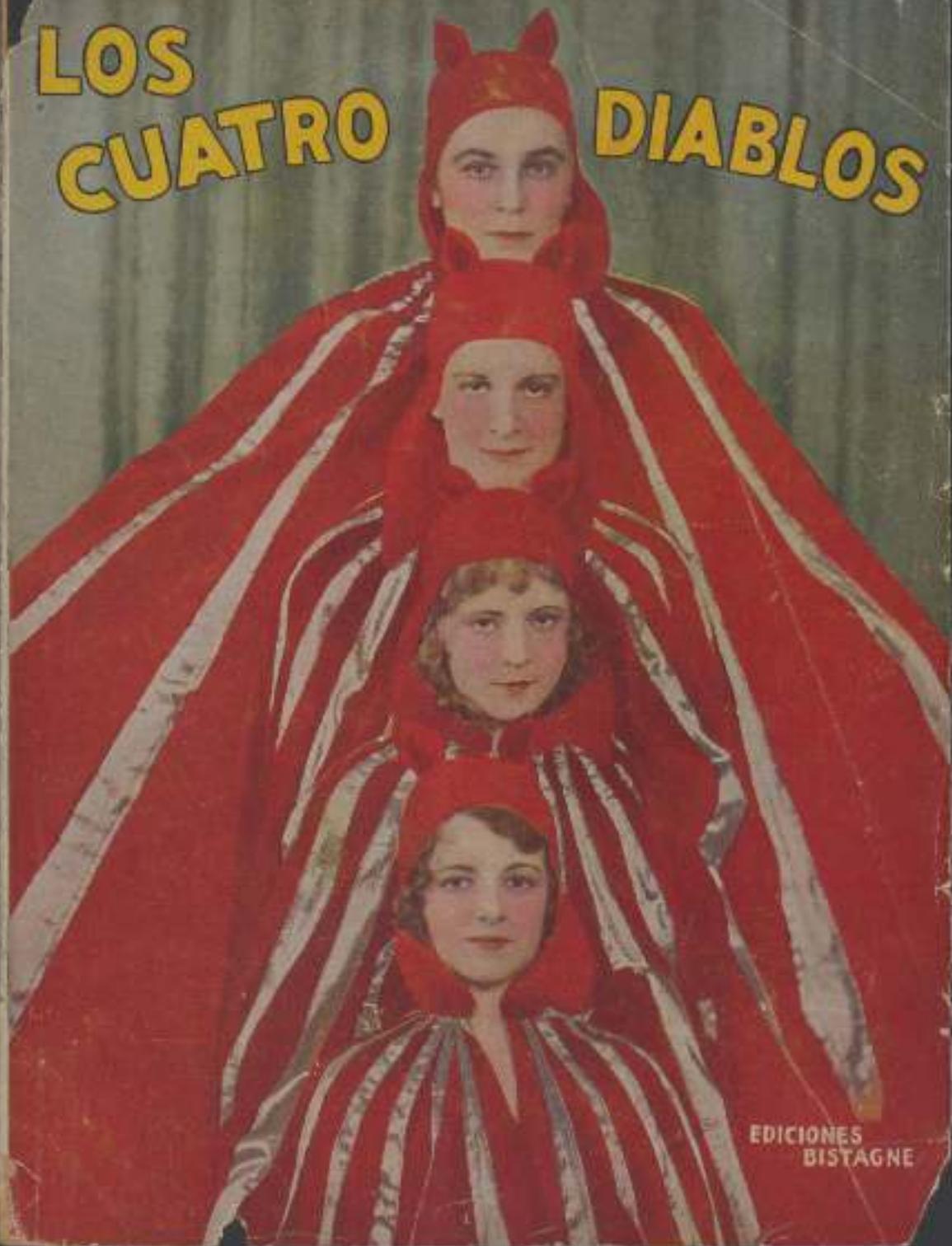
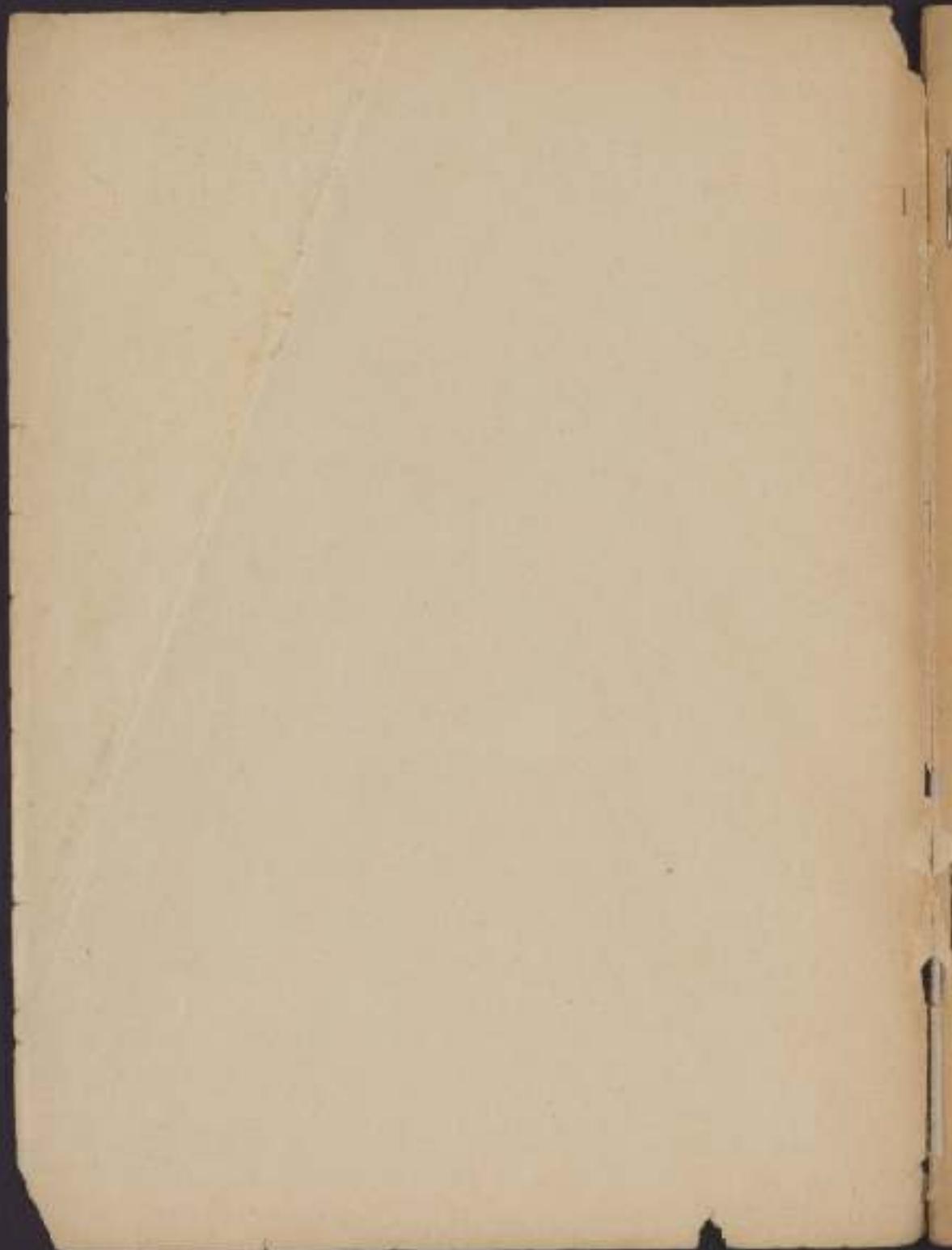


LOS CUATRO DIABLOS



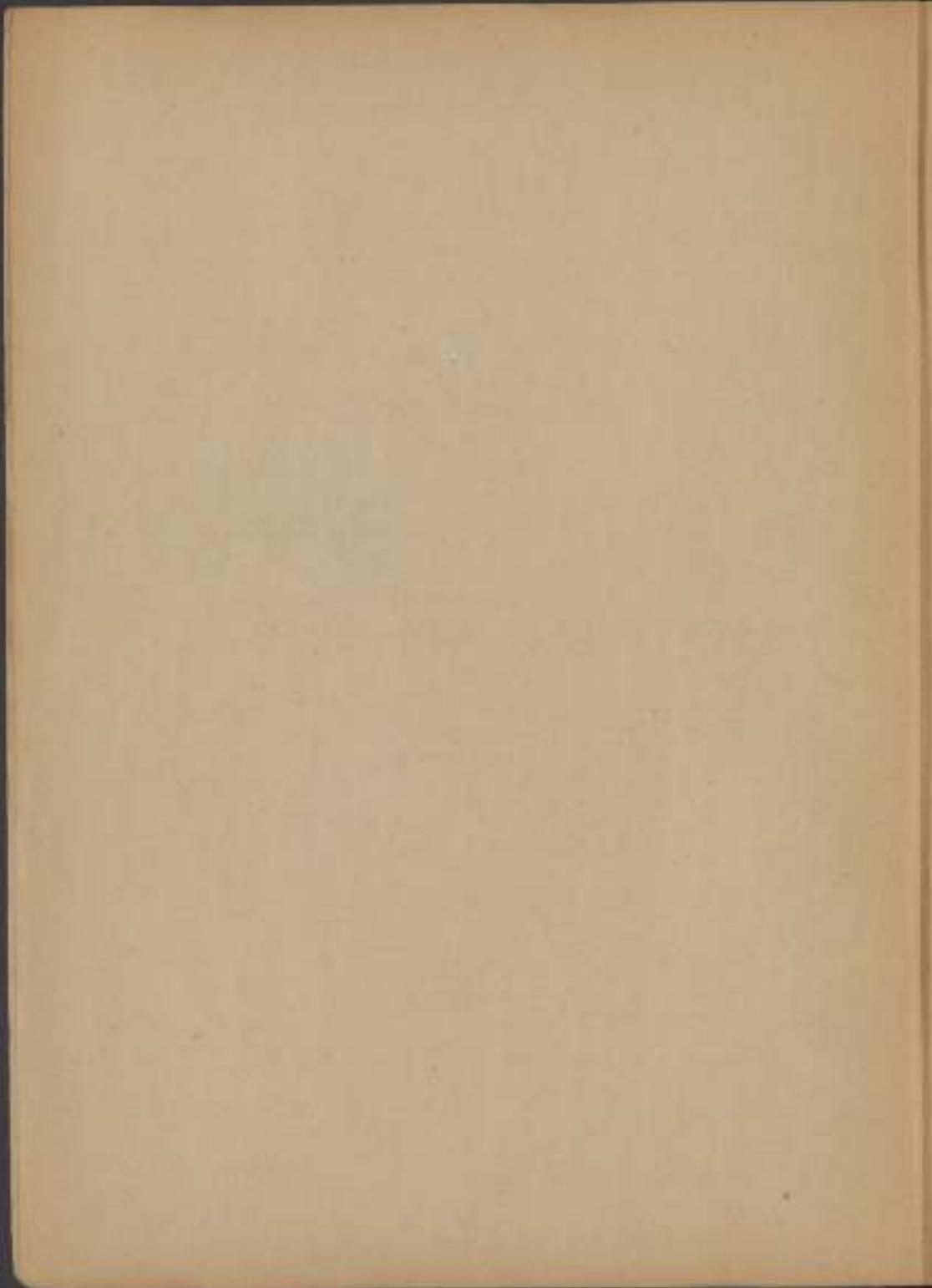
EDICIONES
BISTAGNE



LOS CUATRO DIABLOS

REVISADO POR LA COMISIÓN

*Al genial director
alemán F. W. Murnau,
con admiración y gra-
titud por su arte su-
premo.*



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 16551 - BARCELONA

Los Cuatro Diablos

Adaptación cinematográfica de la
obra original de HERMAN BANG

Por

BERTHOLD VIERTEL
CARL MAYER
MARION HORTH

Dirigida por

F. W. Murnau

FILM TITAN FOX

+

Exclusiva de

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 200
BARCELONA

+

Argumento narrado por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PROTAGONISTS:

JANET GAYNOR

NANCY DREXEL

CHARLES MORTON

FARRELL MACDONALD

MARY DUNCAN

BARRY NORTON

A manera de prólogo

Hacer una película es, en la actualidad, a juzgar por las numerosas producciones que se nos presentan en eterna caravana—pobrísimas en aciertos—, cosa de coser y cantar.

Y es natural que no se prospere, cuando las cosas se ejecutan a tonos y a locas, sin ton ni son, por producir cantidad, sin detenerse en la calidad.

Los detractores del séptimo arte tienen cada día mayores motivos fundamentados para proseguir su campaña, porque en lugar de enaltecerse, la nueva maravilla se abotarga en un nivel mediocre, raramente superado por alguna que otra producción en que se reúnen, per-

fectamente hermanados, como hijos bien nacidos, el asunto, la interpretación y la dirección, que es el hermano mayor.

No es necesario producir películas que tengan como base la presentación y el mayor número de comparas; nada más absurdo que pensar así, para far en el éxito. El arte no es complicación, sino sencillez; líneas puras, caminar alado, suspiro de mujer ensmorada...

Hay que educar a la galería, es más, la galería quiere ser educada.

El buen sentido se impone ya, aunque paulatinamente, en algún centro cinematográfico.

Se van suprimiendo las estulticias del manido Oeste, cuyos asun-

cos, al igual que en la antigua pantomima, tienen un héroe que, a pesar de los pesares, por grave riesgo de muerte que corra, resulta siempre vencedor.

La misma decisión tomada en lo referente a los films de aventuras, debiera tomarse para los otros, los de salón, cuyos temas, muy encienques, absurdos y ridículos con frecuencia, difieren casi nada uno de otro.

Lo repetimos. Hay que educar al público, al de arriba y al de abajo, si se quiere que no deserte de las salas de este espectáculo.

Porque, aunque sea doloroso decirlo, de seguir como hasta ahora, es inminente el desprestigio del tan cacareado séptimo arte.

Afortunadamente, películas del corte de la que la "Fox" presenta esta temporada en España, titulada Los Cuatro Diablos, vienen a rehabilitar la industria, demostrando que es compatible el interés con el arte.

En efecto, Los Cuatro Diablos proporcionarán un saneado negocio a sus productores, presentadores y alquiladores, por ser un film esen-

cialmente, genuinamente popular—o comercial— y de un temple artístico como el propio acero toledano.

El asunto arrebató al espectador desde la primera escena, desde el primer cuadro de la película, y no decae un solo instante. Es un alambre tenso, sobre el que el menos audaz puede realizar los ejercicios que quiera, sin temor a perder el equilibrio.

Es un tema viejo como el sol, hajo el cual no hay nada nuevo; pero lo anima un espíritu tan preciado, que conoce tan profundamente el valor del silencio, el arte de la expresión, que el mismo sol reconocerá que es cosa nueva para él. ...

Eso es arte; purificación de sí mismo, bañarse en el crisol de los más elevados sentimientos; iluminar el rostro a las arcaicas caretas, dándoles apurificación divina...

Tan sublime acierto lo debemos a un gran director, el imponderable Murnau, a quien deberían imitar muchos directores, para crearse como el coloso germano, la aureola del genio.

Francisco-Mario BISTAGNE

Los Cuatro Diablos

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Gente de circo

¿Ríe el payaso porque está alegre? ¿Es su dicha tanta, que no puede reservársela toda y la desparrama entre los espectadores que celebran sus ocurrencias?

¿Arriesga su vida el malabarista con sus peligrosos ejercicios, por el afán de aturdirse con las ovaciones espontáneas de sus admiradores?

¿Se juega la vida el domador de fieras, por la vanidad del triunfo?

Prestad atención. Escuchad a un hombre que tiene un gran corazón, unos grandes ojos, un rostro embaldurnado y viste grotescamente. Es

el artista de circo, que divierte a grandes y chicos. Siente, ve, expresa y se presenta como un hombre cualquiera: pero nadie lo toma en serio. Es el eterno bufón. No tiene derecho a la tristeza. Su misión es hacer soltar la carcajada, cuanto más estentórea, mejor. Mientras habla, observadlo bien, su corazón llora... de piedad para sí mismo.

Díce así:

*Respetable público.
Habéis venido aquí a reír
y a ser emocionados.
Pero, ¿sabéis a qué costa*

*os hacen tetr y emocionár
aquellos que aquí os entretienen?
Tal vez una infancia
desolada y triste...
Quizá una vida de constante
peligro... Y todo por alcanzar
un premio bien ligero...
¡Vuestro aplauso!...*

Y empieza la farsa, la sempiter-

na canción de la vida, de sonido alegre para los unos, lúgubre y fatídica, como aldabonazos en convento monjil a medianoche, para los más.

El circo, con sus risas y sus lágrimas, refleja la vida misma. Es su copia, con todos sus detalles. Es el espejo del filósofo...

Anochecía... Las calles estaban desiertas... Hacía frío... Los escasos transeúntes apresuraban el paso, arropados en cuantas prendas de abrigo de que disponían, ajenos a lo que ocurría fuera de ellos.

En una plazoleta, sumida en la obscuridad, levantábase un circo de tres al cuarto, *modus vivendi* de un hombre brutal, alcohólico, por cuya mala cabeza fracasara en todos los órdenes de la vida, viendo reducirse a su mínima expresión su carro de la "alegría", que tenía a

la sazón la apariencia de las cosas muertas, de los cuerpos sin alma.

Del antiguo esplendor, no quedaba ni rastro. Aparte del armazón del circo, carcomido por el tiempo y el abandono en que lo había tenido desde muchos años a aquella parte su dueño, sólo restaban éste, envilecido más y más por la bebida, un caballo blanco, sobre cuyos amplios lomos ejecutarán maravillosos ejercicios temerarias amazonas, y un payaso.

El propietario asombraba a los

pueblerinos levantando enormes pesos, y el payaso haciales desternillar de risa con sus excentricidades, siempre jóvenes, a pesar de que él ya no lo era.

Con los dos hombres actuaban dos niñas, dos angelitos, vestidas de bailarinas, trezando melodias al son de un organillo.

Esas criaturas, ¿eran hijas del dueño del circo?

No. Dios tuvo a bien librarlas de tal desgracia.

¿Era, pues, su padre, el payaso?

Legalmente, no; pero desde que las niñas vivian en el circo, las protegía como si fueran de su misma sangre.

¿No tenían, pues, a nadie en el mundo?

Eran huérfanas de madre... y no conocieron nunca a su progenitor.

Eran casi gemelas, diferenciándose una de otra por el color de su pelo; rubio como el oro el de una de ellas, y negro el de la otra.

Su existencia era de martirio. Vivian atemorizadas, bajo la férula del dueño del circo, que no les guardaba la menor consideración. a pesar de que, gracias a la simpa-

tía de ellas, la bandeja que hacían circular entre los espectadores se llenaba de monedas.

Conocemos al payaso y a las niñas en un momento de intimidad. El bufón divertía a los querubines formando, con una vulgar patata, un monigote, con sus ojos y su nariz, y su boca y sus dientes, exactamente, aunque más grotesco, que un juguete de bazar.

El dueño del circo se hallaba fuera del carro, donde se consolaban mutuamente los tres aludidos seres, amacestrando a un perro de lanas en el arte — y más que arte obligación — de sostener entre sus dientes un plato de metal, como bandeja para pedir unos céntimos al público.

El animal no podía evitar de vez en cuando alguna torpeza, y sabía del furor del tirano, contagiado en la punta de su ferraño látigo.

De pronto, Cecchi, así llamado el brutal propietario del circo, dió por terminada la sesión y dirigióse hacia el interior del carro.

El perro, huyéndole, entró antes que él en la vivienda, y, atemoriza-

do, fué a esconderse debajo del fogón de la cocina.

Al verle, el payaso y las niñas comprendieron que se acercaba su enemigo común, y suspendiendo el entretenimiento infantil a que estaban entregados, reintegráronse a sus respectivas ocupaciones, a saber: las niñas a mondar patatas en un rincón, y el payaso a coser ropa, trabajo de su incumbencia, como el lavarla, para prescindir, como medida de economía, de la mano de obra femenina.

Apenas se proyectó en el interior del coche la sombra del salvaje, el payaso y las niñas clavaron sus ojos en tierra, estremecidas de pavor las niñas, y para fingir que no advertía su presencia, el payaso.

Cecchi arrojó a una de las niñas su látigo, para que lo colocase en su sitio habitual, y la niña, no sin recibir un susto tremendo, cumplió el deseo del bruto.

Luego, éste, sentándose a la mesa y colocando ante él una botella de vino, pidió, con voz cavernosa, la comida.

Las niñas se la sirvieron al momento, atentas a no cometer la más

insignificante torpeza, que les hubiera valido rudos golpes del despota.

Cecchi llenóse las tragaderas, rociándolas de vino, sin preocuparse de si quedaba comida para los demás.

En tanto, en la sombría calle, una mujer preguntaba a un buen hombre que se hallaba junto al circo:

—¿Dónde puedo encontrar al dueño?

El requerido le indicó el carro de los faranduleros, y hacia el mismo encaminóse la mujer.

Iban con ésta dos niños; los tres enlutados, cual si acabaran de perder a un ser al que estuvieran unidos en cuerpo y alma, demostrando la tristeza que les había producido tal pérdida, cubriendo el envoltorio carnal con ropajes negros, y trasluciendo en sus respectivos semblantes el dolor interno.

Desde que salieran de su hogar, estos tres nuevos personajes, no habían cambiado entre sí una sola palabra, abstraídos individualmente de todo, obsesionados por una idea

única y abrumadora: "¿Qué va a ser de nosotros?"

No miraban a nadie, ni nadie les miraba a ellos. Su dolor, su situación, por crítica que fuese, y lo era mucho, no interesaba a nadie. Cada cual tiene sus quebraderos de cabeza, y como el egoísmo es uno de los defectos considerado como perfectamente humano, rayano en la virtud, el pesar ajeno no importaba a los que podían salirle al paso...

Cecchi terminaba de comer, cuando la mujer enlutada y los dos niños penetraron en el carro.

—Buenas noches — saludaron los tres visitantes, que añadieron, con su presencia, tristeza al ya desolador cuadro de la ambulante vivienda.

Las niñas clavaron sus lindos ojos en los niños, y — la inocencia atrae a la inocencia —, dibujaron una sonrisa.

Los niños las contemplaron, a su vez, y su rostro no se alteró lo más mínimo, preocupados tan sólo por la dureza de las miradas de Cecchi, que los estaba examinando en silencio.

La mujer enlutada estrechaba,

temblosa, contra sí a los dos muchachos, mirando los tres a Cecchi, y éste, cruzando sus miradas con las de la mujer, después de haber leído en las de los niños el motivo de su presencia, dijo a aquélla:

—Comprendo... Usted quiere probar si sirven los niños.

—En efecto, señor... — rumoreó la infeliz, y para justificar su petición, avanzó hacia Cecchi y le mostró un documento, añadiendo—: Sus padres fueron los famosos acróbatas "The Rossey".

Cecchi se impuso friamente del papel, que era un anuncio redactado como sigue:

"GRAN ATRACCION

El Sr. y la Sra. Rossey en persona
en su famoso número

EL SALTO DE LA MUERTE
desde lo alto del circo hasta la red."

Los niños miraban a la mujer, como si le suplicasen que no los dejase allí, pues no podrían vivir separados de ella, y abrazándoles con ternura, ella continuó diciendo a Cecchi, cuyo ceño no se desarrugaba ante la sentimental escena:

—Desde que los padres de estos niños murieron, tomé a mi cargo cuidar de ellos...

El payaso y las niñas participaban de la afición de que daban muestras los visitantes.

Cecchi dijo a los rapaces, que parecían vivos e inteligentes:

Acercaos.

Acercáronse los pequeños, con la mujer, y mientras los examinaba de pies a cabeza, con mirada de conocedor, Cecchi devolvió a la acompañante el papel anunciando la atracción de los padres de ellos.

Los niños se apartaron de Cecchi tan pronto como éste hubo acabado de examinarlos, esperando su fallo, que deseaban fuese desfavorable; pero el brutal farandulero, envolviéndoles en una mirada que no admitía réplica, les ordenó:

—Desnudaos hasta la cintura. Primero, tú.

El aludido obedeció, y dejándose palpar el torso y el pecho por Cecchi, rogaba por que le resultase inservible.

El otro muchacho, menos resignado, no se dejó hacer sin protestar; pero de nada le sirvió resistir-

se un tanto, porque el salvaje le obligó a ser dócil.

—¡Vamos, desnúdate!

—¡No quiero!

—¡Si quieres ser acróbata, no tendrás más remedio que aprender a obedecer!

Le apretó los flancos con sus manazas y el chiquillo se curvó cuanto pudo, examinándole a placer el bruto.

La mujer no osaba contradecir a Cecchi, temerosa de enojarle y comprendiendo que era su carácter, y con la esperanza de que, a pesar de las apariencias, tenía un buen fondo; pero sentía como propias las humillaciones que él infería a los niños.

¡Cuánto le pesaba tener que separarse de ellos!

Cecchi echó una última ojeada sobre los chiquillos, y finalmente dijo:

—¡Me quedo con ellos!

Las niñas, que al disponerse los niños a desnudarse hasta la cintura, habíanse aislado en el cuarto inmediato — su dormitorio —, acompañadas al mismo por el payaso, para respetar su pudor, oyeron las

últimas palabras de Cecchi, pues acababan de apostarse detrás de la puerta de cristales que separaba ambas piezas, y sonrieron, contentas de contar desde aquel momento con dos simpáticos amiguitos.

Por su parte, los niños empalidecieron y aferráronse con más fuerza a la mujer que les acompañara allí y a la que consideraban como una segunda madre.

La desventurada mujer lloraba con los niños, pero no podía hacer nada más por ellos, aunque la separación le desgarrase el corazón. Aquello tenía que ser. Lo exigía la fatalidad, cuyo yugo nadie puede sacudirse.

Cecchi asistía impasible a la patética escena de despedida, para siempre, sin duda, pues el circo no tenía residencia fija, y felicitábase interiormente por la adquisición que acababa de hacer. Ciertamente eran dos bocas más a comer, pero no pasaría mucho tiempo sin que los chiquillos se ganasen largamente el sustento... y le dieran ya algún beneficio, que iría en aumento.

Buen cuidado tendría él de que así fuera.

El payaso conoció un nuevo dolor: el de contar el circo con dos nuevas víctimas propiciatorias.

—¡Qué amarga es la vida! — decía, tragándose las lágrimas que las de los chiquillos y la mujer arrancaban a sus ojos.

Los lamentos de los dos huérfanos partían el alma, y a punto estuvo la mujer de retractarse; pero Cecchi la empujó hacia la calle, y, entregando aquéllos al payaso, salió con la mujer, para hablar sus últimas palabras.

El payaso acarició a los pequeños, alentándoles a ser hombrecitos resignados, brindándoles sin palabras su protección, y un tanto calmados por el consuelo que les prodigaba el buen hombre, se dejaron conducir por él al cuarto donde se hallaban las niñas.

Estas, temerosas, al ver cómo se levantaba, de que Cecchi las sorprendiera escuchando detrás de la puerta, se habían sentado de nuevo en el suelo, prosiguiendo su labor doméstica, pelando patatas para varias comidas, en que los manjares

eran siempre los mismos; y la aparición de los dos niños les causó extraordinaria alegría.

El payaso, presentándolos mutuamente, dijo a los pequeños:

—¡Ayudad a las niñas! ¡Todos debéis ser buenos amigos, ahora!

En tanto, en la calle, más oscura, más fría ahora, Cecchi despedía a la mujer que le entregara los niños.

—Yo haré que sean como sus padres—sentenció.

—Trátelos con cariño, señor... Bien sabe Dios que yo no los abandonaré si contase con medios para alimentarlos... No hubiera podido seguir manteniéndoles más tiempo.

—Descuide... No les faltará nada.

—Gracias, señor... gracias...

Y la sombra negra de aquella alma buena se perdió en la opacidad de la calle... como tragada por la nada.

En su angelical inconsciencia, las niñas trataban de animar a sus amiguitos. Cada una de ellas había

mostrado, desde el primer momento, predilección por uno de ellos; y mientras el que era objeto de las ternuras de la niña rubia esforzabase en sonreír, el otro, no pudiendo sobreponerse a su amargura, sollozaba en un rincón.

—¿Era aquella señora tu madre? —le había preguntado la niña de pelo negro.

El otro repuso, mientras su hermano rompía a llorar convulsamente:

—Nosotros no tenemos madre.

Y la niña murmuró, a su vez:

—Nosotras estamos solas en el mundo, también.

La niña de pelo negro tocó en un brazo al niño que desahogaba su pena en llanto, y le mostró un relojito, diciéndole cariñosamente:

—¿Te gusta? Era de mi madre.

El perro, saliendo de su escondite, acercóse al que lloraba, y el niño acarició al noble animal, sintiéndose aliviado ante el cariño que los inocentes amiguitos le mostraban de todo corazón.

La risa del payaso

Caminos y más caminos... pueblos y más pueblos... Las ganancias eran exiguas y la vida en el circo se hacía cada vez más insoportable.

Por las noches, después de la representación, aprovechando la ausencia de testigos, Cecchi sometía a duros ensayos a los dos hermanos, dispuesto a convertirlos en perfectos acróbatas.

Aunque los dos eran objeto de la brutalidad de Cecchi, uno de ellos la sufría más atrocemente. Era el que el día del examen, cuando le fueron presentados por la mujer que no podía seguir cuidando de ellos, se rebelara. Era, también, el que más condiciones reunía para ser un famoso acróbata.

Cierta noche, Cecchi se había empeñado en que el muchacho ejecutase difíciles ejercicios con el caballo del circo, obligándole a descender y a montar en él en rápida marcha.

El niño no lograba saltar sobre el animal; pero Cecchi, sin considerar que era una quimera tal prueba, fustigaba al infeliz con saña.

—¡Sube!—gruñía.

—¡No puedo! ¡Me falta empuje!

—¡Un acróbata, jamás dice *no puedo!*

—¡Es imposible! ¡El caballo es demasiado alto!

—¡Sube, maldito!

Aunando sus energías, el rapaz trató de ejecutar el arduo trabajo;

pero no lo logró y cayó al suelo, agotadas sus fuerzas, como un pelele.

Indignado, Cecchi descargó su implacable látigo sobre las espaldas del vencido, y, enardecido todavía por los ayes del niño, repetía su inhumana hazaña.

El payaso se dió cuenta de ella, y abalanzóse, rugiendo de ira, sobre el salvaje.

—¿Qué haces, insensato? Con tus violencias, no lograrás nada — le echó en cara con asombrosa energía.

Desdeñoso, Cecchi, tiró el látigo y se alejó.

—¡Hato de gente inútil!—mascullaba.

El niño corrió a ocultarse en el

dormitorio, y allí, en un rincón, vertió lágrimas de fuego.

¿Hasta cuándo duraría aquella vida de martirio?

¿Qué pecado habían ellos cometido, para ser tratados como bestias?

La niña de pelo negro se le acercó conmovida, como siempre que él necesitaba consuelo, y, advirtiéndole su presencia acariciándole el rizado pelo, logró que él la mirase.

Entonces, ingenuamente, la niña depositó en una mano de él el relojito que perteneciera a su madre, y con la mirada le indicó que se lo regalaba... para que se consolara... como una madrecita entrega un juguete a su hijito para que no lllore.

Y aquel gesto pueril tuvo la virtud de hacer olvidar al pequeño los golpes del tirano.

El payaso y los cuatro niños dormían. Reparaban sus fuerzas en merecido descanso.

Cecchi no estaba en el carro. Sa-

lió después de la representación y no había vuelto todavía. Podía hallarse en algún bodegón, vaciando en su estómago, insaciable como

L O S C U A T R O D I A B L O S

una esponja, litro tras litro de vino.

Aquéllos eran los únicos momentos en que los niños eran felices... porque soñaban, aunque, a veces, a consecuencia de su estado nervioso por el duro trato recibido durante el día, agitábanse en sus jergas, presas de pesadillas horribles, en que el bruto se les aparecía como el más monstruoso de los fantasmas.

A altas horas de la madrugada, el salvaje regresó a su vivienda, completamente borracho.

Al llegar, buscó vino en la despensa, y no hallándolo, tiró con furor un vaso al suelo, haciéndose añicos y produciendo el consiguiente ruido.

El payaso despertó bruscamente, y poniéndose un dedo sobre los labios, indicó a Cecchi que no armase escándalo, para no interrumpir el plácido sueño de los niños.

Pero el bruto, sin hacerle el menor caso, continuó rasgando el silencio con sus incoherentes exclamaciones:

—¡Esto es una pocilga! ¡Sólo os preocupáis de dormir!

—¡Calla, Cecchi!—insistió el payaso.

—¡No me da la gana! ¡Soy el amo, el amo! ¿Entiendes, imbécil? Y, ¿qué?..

—Sí, eres el amo, el esbirro, lo que tú quieras; pero, cállate. Déjalos dormir.

—Mira, sermones a mí, no. Yo no necesito consejos de nadie, y de ti menos que de otro cualquiera. ¿Estamos, viejo cartamal?

—Sí, hombre... ya lo sé... Ahora, échate y descansa...

—Yo no soy como vosotros... A mí no me rinde el sueño... ¡Ah, si fuerais como yo! ¿Qué haríais sin mí?

—Bien sabes que todos te respetamos como amo y señor... bien lo sabes, Cecchi... pero, calla, por favor... ¿Quieres que te ayude a desnudarte?

—¡Quita, idiota! ¡Yo no necesito a nadie! Y basta ya de decir tonterías. ¡Levántate!

—Pero, Cecchi...

—¡Que te levantes!

—¿Para qué? ¿A estas horas?

—¿Desde cuándo te atreves a

discutir mis mandatos? ¡Quiero que te levantes!

—Bien... no grites... Ya me levanto...

—Vamos a echar una partida.

—¡Jugar a los naipes, ahora!

—Sí, viejo imbécil. Quiero demostrarte cómo se gana siempre.

El payaso se desesperó, para complacer a Cecchi, a fin de que éste no despertase a los niños con sus gritos, y sentóse ante una mesita, frente a él.

Al fin, el borracho había sabido dar con la botella de vino, y apuraba copa tras copa, pegando fuertes golpes a la mesa con el puño cerrado.

—No hagas ruido, Cecchi... Ten compasión de los niños — repetíale sin cesar el payaso.

Pero Cecchi, entregado con ardor a su pasión del juego, en el que hacía trampas, para que su demostración de que siempre ganaba no fallase, seguía dando fortísimos puñetazos y lanzando terribles carcajadas, que hacían retemblar el carro.

El payaso no pudo contenerse más, y dijo a Cecchi:

—¡Si sigues así, me niego a jugar!

Cecchi, que tenía mal vino, perdió los estribos, y para patentizar que allí hacía él lo que le viniera en gana, levantóse furiosamente de su silla y, yendo hacia la cama de los pequeños, los zarandeó como un energúmeno, clamando como enloquecido:

—¡Arriba, holgazanes! ¡Siempre durmiendo!

Los niños se incorporaron, presas de espanto, en sus míseros lechos, y miraban con ojos extraviados a Cecchi, y en demanda de piedad al payaso.

—¡Vestíos, y a trabajar!—continuó gritando el bruto.

Esto era demasiado. Ni el más tímido podía tolerar aquel crimen, que lo era arrancar al sueño a los infelices sin amparo, y el payaso, olvidándose de su habitual mansedumbre, interpúsose entre Cecchi y los niños.

—¡Déjalos en paz!—vociferó.

Su aire era retador. No temía al salvaje. Su amor a los pequeños le daba ignoradas fuerzas, energías de titán. En aquellos instantes se hu-

biese atrevido a luchar contra el mundo entero.

Cecchi, apartándole de un fuerte golpe en el pecho, rugió:

—¡Voy a matarte, granuja!

—¡Pruébalo, mal bicho!

A su vez, el payaso pegó duro a Cecchi, y éste se desplomó contra un camaastro; pero, recobrándose, arremetió con ansia de exterminio contra el payaso.

Este le recibió prevenido, y de nuevo supo el salvaje de la fuerza de sus puños.

Y los dos hombres, cegados por la ira, redoblaron sus ímpetus, rodando por el suelo en escalofriantes alternativas.

Cecchi resoplaba como bestia acorralada, y el payaso no daba punto de reposo a sus endemoniados puños esgrimiéndolos con gallardía juvenil.

Las tiernas criaturas contemplaban con terror la terrible lucha.

A pesar de la ventaja que llevaba el payaso en la pelea, los pequeños temían que el desalmado lograse reaccionar y le venciera, determinando la derrota su expulsión del circo.

¿Qué sería entonces de ellos, na-
ves a la deriva, sin su noble payaso?

Sentíanse morir, sólo de pensar-
lo.

Pero un nuevo y certero golpe del payaso derribó por incontable vez a Cecchi, debilitado por su embriaguez, y al verle ya impotente exclamó, vertiendo sobre él todo el odio que había ido alimentando contra su implacable ferocidad:

—¡Tú no puedes vivir con seres humanos! ¡Eres un bárbaro!

—¡Miserable! ¡Miserable! — rugía, con voz apagada por la fatiga, el bruto.

—¡El miserable, el criminal, eres tú, mal hombre! ¡Ya era hora de que maltratases a estas pobres criaturas por última vez!

Cecchi hizo inhumanos esfuerzos para incorporarse; pero el payaso descargóle otra vez su puño en su rostro infernal, y el beodo no dió ya señales de vida.

El payaso rióse frenéticamente. Su risa estremeció a los niños. No era como las que empleaba en el circo, para hacer saltar carcajadas al público, sino otra muy distinta: risa terrible, de vengador.

¡Era la risa del hombre que al fin avasalla a quien le aniquilaba convirtiéndole en un muñeco de trapo, en un pájaro preso en terreno pantanoso!

Sin detenerse a comprobar si el bruto vivía o había ya entregado su alma al diablo, el payaso indicó a los niños que se vistieran al momento, y mientras lo hacían fué a enganchar uno de los caballos del coche a uno de los carros accesorios.

Hecha esta operación, entró en la vivienda, recogió a los niños y los acomodó en el interior de aquél.

Aparecía tranquilo, iluminado

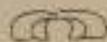
por un deseo que lo rejuvenecía a los ojos de sus amiguitos, que no osaban pronunciar palabra.

Cuando todo estuvo listo para emprender la marcha, el payaso miró a los niños, que se acurrucaban en el fondo del coche, como para infundirse ánimo mutuamente, y, sonriente, les dijo:

—¡Dormid, hijos míos! El payaso vela por vosotros.

Y fueron camino adelante...

...mientras el bruto, que se recobraba paulatinamente, recordaba vagamente... hasta concretarse el hecho de haber perdido para siempre a su troupe.



Nueva aurora

Reinaba en los campos el infinito silencio nocturno... El viejo payaso cogiendo por las bridas al animal, parecía abrir paso al carrito dentro del cual dormitaban las cuatro criaturas.

El lento vaivén del carruaje adornecía a los pequeños, unidos en parejas, sonriendo levemente a sus ensueños felices.

Oscar—que así se llamaba el payaso—sentía en su alma el efecto de la paz de la noche y alzaba al cielo estrellado su cabeza blanca, como si mirara de frente a la eternidad.

Iba amaneciendo... El cielo parecía destellarse en un azul templado y la luz sideral iba apagándose con

suave lentitud... Pero en el fondo se transparentaban ya unas sombras rosadas, que anunciarían en breve el milagro cotidiano de la aurora...

Mientras avanzaban pausadamente, el payaso se enternecía, pareciéndole que la tierra había callado para admirar su gesto de valor. Pues, ahí no era nada, abandonar de una vez la tiranía del dueño del circo y, convirtiéndose en protector y padre de aquellas cuatro criaturas, ir camino adelante, por mundos desconocidos, en busca del diario sustento, arrancado casi a la fuerza a cambio de un poco de arte.

Porque así iba a ser, y Oscar se sentía optimista respecto del incier-

to porvenir. El continuaría su oficio de payaso, riendo siempre o convirtiendo la tristeza del rostro en gesto que también haría reír. Las dos niñas seguirían bailando, perfeccionando cada vez más su arte de minúsculas aladas; los dos muchachos mantendrían el general interés con su trabajo impecable y difícil.

Iban a vivir bien, formando una nueva familia, sin lazos de sangre, pero con lazos igualmente fuertes: la unidad de sus almas, latiendo con un ritmo acompasado de amor.

La luz del amanecer, que parece prometer siempre un torrente de alegría, llenaba también el alma de Oscar, reviviendo sus ilusiones, encendiendo en ella ingenuas lucécillas de confianza...

No vivimos una sola vida, sino muchas vidas, fundidas a la vez en un solo corazón. Lo que importa es saber cerrar a tiempo el pasado, no dejando que se escape bajo sus puertas la corriente del recuerdo. Esto pensó un momento Oscar con un deseo de olvidarse para siempre del bruto Cecchi y de la vida ruin que se llevaba en el circo durante

los últimos años, con el anhelo de vestir el traje de una existencia nueva.

Si, esto sería posible, y los cuatro alegres infantes que estaban dentro del carro, acabarían de hacer más fuerte el total olvido, hasta parecer que no había existido nunca...

Pero, ¿es posible borrar por entero todo el pasado, todos los años que han venido cayendo sobre nuestro corazón y han impreso en él las huellas de un tatuaje sagrado?

Oscar sonrió con cierta melancolía, y su cabeza blanca se movió en un gesto negativo.

No, no; la vida del pasado es un tesoro... el sufrimiento tamizado por los años adquiere siempre un relieve poético y así los hombres más prosaicos se enternecen al evocar hechos y aventuras anteriores, y se emocionan sin darse cuenta de que viven un instante de arte...

Y él, Oscar, que tenía una historia melancólica como el amor perdido, sabía recordar a menudo pequeñas cosas que formaban la gran página de la vida, es decir, el ideal.

Sonaron de pronto unas voces lejanas, varoniles, de matiz bravo y

alegre. Chirriaron unos carros; unas luces se encendieron en una lejana casita... Despertaba la vida de un hogar, el eterno saludo a la mañana...

Y el payaso de alma sentimental, ante aquel leve ruido que pregona-ba, seguramente, un cuadro hogareño, acaso la familia aldeana, bien avenida y rica en ternuras amorosas, sintió algo más intenso en su corazón, y todo el pasado se le apareció ante él como un sol que nacía...

La marcha del carro era como una música monorrítmica que acompañase la escolta de sus recuerdos. Y Oscar veíase transformado en el hombre joven que era muchos años antes, desapareciendo de su cabeza las canas, para dejar paso al intenso brillo de una cabellera negra.

Se veía en la vieja ciudad alemana donde nació, convertido en dueño de un pequeño almacén de quincaillería que le habían dejado sus padres al morir...

Los años pasaban leves, tan sutiles, que Oscar no se daba cuenta de que pasasen... Algunas mucha-

chas frecuentaban a menudo la tienda, con la esperanza de que el dueño se enamorara de ellas. Pero el tendero parecía entregado únicamente a su negocio, sin recordar que en la vida existía una cosa que se llamaba el amor...

Atesoraba con afán, descando aborrrar mucho dinero con un ansia orgullosa de poder mejorar el negocio paterno y hacerlo el más importante de la población. Quería honrar el nombre de su establecimiento, que campeaba sobre la puerta de la tienda con grandes letras de color azul...

Cierto día, un circo sentó sus reales en la ciudad: el circo Cecchi.

La vida de los moradores del circo ha atraído siempre, por el contraste con su propia vida, a las gentes sencillas y humildes de las tranquilas poblaciones, que ven deslizarse los años como mansos arroyuelos de agua pura y transparente. Oscar fué de los primeros en asistir a aquellas sesiones variadas y sugestivas... no dejando ni una sola noche de presenciarlas.

De ello se resentía la tienda, que se abría un poco más tarde que de

costumbre, en contraste con la puntualidad cronométrica de antes.

Oscar se iba aficionando cada vez más al circo. Pero no era el espectáculo en sí lo que le atraía, no eran los ejercicios de los trapecistas, que cada noche hacían oposiciones a romperse la cabeza, no eran los Tonys y los Augustos que desternillaban al público con sus extravagancias, lo que le llevaba fatalmente a ocupar su asiento de grada.

Estaba enamorado por primera vez en su vida...

No supo cómo ni por qué, ni se entretuvo en analizar su estado de alma; pero se dió cuenta de que en su corazón mandaba, desde la primera noche, una fuerza exterior y poderosa...

Había quedado prendado de una de las amazonas del circo...

Era una napolitana llamada María, una criatura arrogante, de ojos negros y cuerpo de mórbida delicadeza.

Montada en su blanco caballo realizaba ejercicios peligrosos y artísticos, arrancando ovaciones del respetable... Y a Oscar le pareció que aquella criatura era uno de los se-

res más ideales que existían en la creación.

Atraído por extraña fuerza se recreó asistiendo todas las noches a las representaciones, esperando con impaciencia el momento de la aparición de su favorita.

El joven negociante se decidió con audacia que a él mismo le maravillaba, a dirigirse al recinto reservado a los artistas y ver todavía más de cerca a su gentil enamorada.

Su atractivo personal y el haberse hecho repentinamente amigo de uno de los equilibristas, bastaron para que Cecchi no le echara a cajas destempladas del vedado lugar. Y el buen Oscar pudo descubrir el relativo encanto de la existencia bohemia y la unión de aquellas gentes de perpetua sonrisa feliz.

El equilibrista le presentó una noche a la amazona y Oscar después de oírla, se sintió todavía más hechizado por el amor.

Había temido que María fuera una mujer orgullosa e inabordable como cuando con aires de reina se presentaba montada a caballo y dando vueltas por la pista del circo.

Le invadía el temor de que ella ni siquiera quisiera escucharle, no pareciéndole bastante interesante un humilde y anónimo tendero.

Pronto se convenció de que se había equivocado. Bajo el brillo intenso y dominador de sus ojos negros, parecía brillar una luz de ternura, un reflejo bondadoso y suave.

No sólo no le rechazó sino que pareció atraída por la conversación llevada primero de Oscar, más serena y tranquila a medida que se deslizaban los días y el trato era mayor.

María era una hija de familia que hasta los quince años había vivido con los suyos. Desde pequeña se había familiarizado con los caballos, pues su padre era profesor de equitación y ella había tenido muchas ocasiones de acompañarle y poder realizar ejercicios de silla.

Era una excelente amazona; sabía dominar bien el caballo y se mantenía erguida y serena en pleno galope.

En poco tiempo perdió a su padre, y su madre, mujer de vida enfermiza, no tardó en seguirle.

María no se amilanó ante la ines-

perada orfandad y recordando sus grandes dotes de equitación consiguió una plaza en el circo Cecchi.

Poco a poco fué realizando nuevos y difíciles ejercicios logrando ser uno de los mejores números, casi el principal en el programa de toda la función.

Llevaba ya bastantes años en el circo. Habían recorrido medio Europa y todos los públicos se habían rendido rápidamente a las filigranas emocionantes de su trabajo.

María pareció acostumbrarse a ver cada día a Oscar al terminar la función o en los entreactos.

Cada noche al salir a la pista, la amazona dirigía sus ojos al lugar donde se encontraba el joven comerciante y la más radiante sonrisa era para él.

Iba estableciéndose entre aquellas dos vidas al parecer tan dispares un atractivo de simpatía.

Y es que María, a pesar de su nueva existencia de artista, había vivido una infancia quieta y de hogar y una primera juventud dentro de los muros tranquilos de la familia. Esto no se olvida nunca porque las

primeras impresiones son las que perduran en el alma.

Y cuando Oscar se atrevió un día a declararle torpemente que sentía por ella algo más que amistad y que deseaba verla convertida en señora de su hogar, María se emocionó hasta el extremo de no poder contener sus lágrimas.

La posibilidad de aquella vida nueva que él le brindaba le trajo el recuerdo de su pasado y la alegría de volver a tener un hogar propio.

Oscar, que había podido temer que la artista se echara a reír al proponerle aquella declaración burguesa de matrimonio, pudo ver con agrado como ella le aceptaba con cariño.

Y no era sólo la conveniencia lo que atraía María al comerciante.

También el amor entretreía de modo maravilloso sus corazones.

En pocos días parecieron los mejores enamorados del mundo. El señor Cecchi recibió primero a regañadientes al comerciante, pero fué amansándose con algunos cigarros puros oportunamente repartidos por el enamorado.

Se acostumbró a la idea de verlo

por allí saludándole cada noche con un gruñido de fiera a la que se doma por la golosina. En este caso el tabaco era el cómplice que sabía realizar milagros.

María ocultó cuidadosamente al amo del circo su propósito de abandonar éste una vez se hubiera casado.

¡Qué indignación no habría experimentado el bruto que se consideraba dueño y señor no sólo de las cosas del circo sino también de las personas! Allí todos carecían de iniciativa propia, menos él, que imperaba sobre las voluntades ajenas.

Y sin embargo, el deseo de marchar era vivamente acariciado por los novios. Ella se instalaría en la tienda y vendería tras el mostrador, mientras el marido aprovechando aquellos ratos de libertad, podría dedicarse a efectuar compras ventajosas y que rindiesen después pingües beneficios.

Además... luego vendrían los hijos, muchos hijos... y era preciso seguir manteniendo y vigorizando cada vez más la tienda para darla remozada y espléndida a los herederos de su nombre.

Cecchi refunfuñaba a veces contra aquel propósito de unión.

—Ningún artista debe casarse nunca... si no quiere hacer su propia desgracia.

Y contaba hechos acaecidos a algunos amigos suyos que se casaron y empezó desde aquel instante a perseguirles la desgracia.

María se echaba a reír... No pensaba lo mismo y cuando algunas mañanas iba a visitar la tienda de su novio, sentía en el alma una emoción incomparable.

Tenía que realizar verdaderos esfuerzos por ocultar su desgana por las cosas del circo donde se sentía a cada momento más esclava.

Los negocios marchaban viento en popa. El señor Cecchi parecía no tener prisa en marchar de aquella ciudad donde había una afición loca a los espectáculos de circo.

Tal vez aquella permanencia en la misma ciudad había retrasado hasta entonces el casamiento proyectado.

Oscar no quería demorarlo más.

Y anunció a María que había decidido efectuarlo la semana siguiente.

Durante aquellos días la joven extremó el estilo de su trabajo, el arrojo en su actuación como si quisiera despedirse de su labor con un trabajo realmente magnífico.

Iba a confesar al señor Cecchi que ella no quería trabajar ya más.

Seguramente Cecchi gritaría y se pondría furioso pero no había fuerza legal alguna para retener a María.

No existía ningún contrato escrito, pues ella formaba parte de modo permanente de la compañía y no se veía la posibilidad de que pudiera abandonarla.

Pero el amor, que se presenta cuando menos se piensa, obligaba a María a dejar su ruda labor de amazona, a consagrarse a otros trabajos más interesantes que los de divertir a los demás.

—Esta noche le anunciaremos la boda—dijo María a su novio—. Y le diremos que sea nuestro testigo...

Aquella noche ocurrió, sin embargo, la tragedia que debía deshacer por entero la existencia feliz de aquellos enamorados.

Extremó María sus facultades de agilidad sobre la silla atreviéndose a saltos de gran peligro y responsabilidad.

Aquella noche fué todavía más audaz en sus soberbias evoluciones, animada por los aplausos de un público del que era favorita.

Y de pronto ocurrió la desgracia. Al saltar una de las altas barreras, el caballo perdió el equilibrio, despidiendo a la amazona aparatosa-mente contra el suelo.

Escuchóse un unánime grito de horror y la multitud se levantó de sus asientos, horrorizada por el inesperado espectáculo. Fué Oscar el que abriéndose a codazo limpio paso entre los espectadores, saltó a la pista siendo de los primeros en recoger el cuerpo maravilloso de su amada.

El golpe había sido rudo. Había

caído de pecho produciéndose violenta conmoción de pronóstico difícil.

Cuando ella abrió los ojos al cabo de varias horas de estar sin sentido su primera mirada fué para Oscar.

—Me encuentro muy mal... muy mal—exclamó.

—Eso no será nada, María... Un poquitín de susto únicamente.

Por desgracia, la cosa comenzó a tener complicaciones.

Tal vez María estuviese ya pre-dispuesta a la enfermedad y el golpe hubiese hecho desarrollar rápidamente la intensidad del mal.

Lo cierto es que en poco tiempo, la vida de María fué huyendo a jirones de su cuerpo.

Ya no podía salir a escena ni siquiera pensar en el casamiento. Languidecía horas y horas en su miserable cuartito, agitada por la fiebre y la consunción.

Y el desgraciado Oscar se dió cuenta de que iba a perder a la dulce criatura.

En vano llevó a que la visitaran los mejores médicos de la ciudad, los más afamados de cuyas curaciones se hacían historias milagrosas.

Estos llegaban con su sonrisa fría de hombres de ciencia, examinaban a la enferma y movían las cabezas con un gesto de melancolía.

Era una tuberculosis fulminante que invadía con virulencia volcánica todos los rincones del pulmón. Los continuos accesos de tos con sangre eran el anuncio de la terrible destrucción interior.

La ciencia se declaraba impotente. Había que esperar... Unicamente algo extraordinario, milagroso, podía devolver la vida a aquel rostro mortecino.

Seguramente la caída de caballo precipitaba los acontecimientos desarrollando con la conmoción el mal que iba extendiendo sus garras. Ahora no había ya remedio y otra juventud sería inmolada en el altar sangriento de la tisis.

Los constantes parroquianos de Oscar, que ignoraban los amores del joven con la artista de circo y el triste epílogo que iba a tener, se

extrañaban al contemplarle cada vez más taciturno.

Se ausentaba con frecuencia, substituyéndole un mancebo que no daba pie con bola en ninguna venta. Pero al tendero le interesaban otras cosas que el simple negocio.

Compraba libros de medicina, preguntaba sobre quiénes eran los médicos mejores, hacía proyectos para llevar a María a un clima de altura donde el aire acariciara sus pulmones y los cubriera de oxígeno bienhechor.

No llegó a tiempo para realizar ninguno de aquellos ideales...

María murió como un pajarillo, con una agonía corta y suave de corazón que se apaga con rapidez.

Pasó por el circo un estremecimiento de tragedia.

Durante varios días no se habló de otra cosa que de la compañera muerta y de la tristeza incurable del pobre Oscar que seguía frecuentando el circo y muchas veces era sorprendido limpiándose una lágrima.

Para Oscar la muerte de su amada fué uno de esos golpes que ani-

quılan de repente una existencia y la hacen dudar de todo.

Permaneció durante unos días como alorado, igual que un muñeco de movimientos maquinales.

Y rechuyóse de nuevo en su establecimiento que ahora le parecía una negra cárcel.

Se puede ser feliz sin conocer el amor, pero después de haberlo conocido... ya es más difícil.

Para Oscar la vida comenzó a parecerle sin objeto y las cosas de su negocio que habían constituido antaño su ilusión se desvanecían entre una indiferencia pesimista.

Ya no le interesaban las ventas, ni porfiaba con las compradoras para que no se marchasen del establecimiento sin adquirir dos o tres objetos, ni sentía el anterior orgullo de ver crecer en prestigio la tienda heredada de los padres.

¿Para qué? ¿Para qué?

Si su existencia ya no tenía objeto...

De haber tenido vocación religiosa hubiera ingresado seguramente en algún convento para llorar su desengaño terrenal. Pero en su alma anidaba un culto humano: el de una

mujer y con lágrimas de ternura alzaba cada día a ella la voz de su recuerdo.

Ya nunca podría olvidar el culto de aquella mujercita que desapareció inesperadamente, envidiosa tal vez la eternidad de que no fuera a reunirse con ella cuanto antes.

Algo se barruntaba acerca de aquel amor de Oscar entre las gentes de su barrio.

Le habían visto algunas personas ir todos los domingos al cementerio a depositar en una humilde tumba un ramito de flores.

Las muchachas no perdían la esperanza de casarse con él, pensando en las riquezas que atesoraba la tienda y en que allí era necesaria una mujer.

Oscar no les hacía el menor caso. Y lentamente, convencidas al fin de su inutilidad, acababan por dejar de frecuentar la tienda.

El establecimiento iba de mal en peor. Oscar lo tenía constantemente abandonado, sin rellenar ya los huecos que el tiempo y las anteriores ventas iban dejando en él.

Para hacer más grave la situación, se instaló en su misma calle,



-Sus padres fueron los famosos acróbatas «The Rosses».



—¡Todos debéis ser buenos amigos ahora!



... y el niño acarició al noble animal...



Las tiernas criaturas contemplaban con terror la terrible lucha...



—Estoy bien... Debéis salir... El público espera...



... le querian como a un padre.



-¿Me quieres, Marlon?



Acetic6 In rosa...

casí frente a su tienda, un gran almacén de quincallería.

Era una cosa nueva y de pintados colores y todo en ella respiraba el optimismo de lo moderno.

Y las gentes optaron por desear por completo la tienda de Oscar para visitar la de su competidor, servida por el dueño y por dos dependientes a cual más alegre y despreocupado.

Es la ley fatal e inexorable de la vida. La casa de Oscar era ya como la viejecita a la que se deja solitaria en un rincón, mientras el almacén recién abierto significaba la juventud, la atracción de lo nuevo y desconocido.

No pareció herirle gran cosa aquel acontecimiento.

Vivía de una manera automática, mecánica y casi todas las noches iba aún a visitar el circo donde le parecía ver la sombra amada de la muerta.

Ya se habían acostumbrado todos a verle de nuevo allí, deslizarse de puntillas y con miedo de molestar, permaneciendo ante la puerta del antiguo camarín de María.

Y aquellas horas que pasaba en el

circo con su rostro triste de hombre aniquilado que ya no espera nada, debían servirle de lenitivo a su pena.

Nuevas tragedias debían caer sobre el pobre Oscar... Las ventas eran cada vez más escasas y él nada hacía para aumentarlas.

Además, su competidor vendía mucho más barato y tenía cosas más interesantes que Oscar, y pronto el nuevo almacén absorbió por entero al pequeño por la ley del más fuerte y vencedor.

No pudo Oscar abonar algunas facturas atrasadas, ejecutaron contra él y el embargo acabó con la mayor parte de las existencias de la tienda.

Poco tiempo después tenía que cerrar el almacén, cada vez más empequeñecido, más pobre.

No tenía ánimo para comenzar una nueva vida... Siendo joven veía envejecida su alma por la pérdida de aquel amor en el que había cifrado su esperanza.

Y sobre el espectro de su tristeza juntó ahora el de la miseria que acechaba.

Oscar fué perdiendo hasta el úl-

timo céntimo y hubo de hacer un alto en el camino de su tristeza para pensar que el estómago es un órgano poco sentimental.

Tal vez ahora fuese demasiado tarde para recemprnder la vida. Además, ¿adónde iría que el recuerdo de María no le atormentase cada día más y le llamase hacia lo ignorado?

El circo Cecchi iba a abandonar la ciudad. Tras la larga temporada el espectáculo comenzaba a languidecer y era preciso recemprnder la ruta hacia tierras nuevas.

Y el circo marcharía para no volver tal vez nunca y Oscar no vería más el escenario que fué de amor y de muerte para su amada.

Entonces se le ocurrió pedir al señor Cecchi, aquel hombre tiránico y brutal, una ocupación en el circo.

—Cualquier cosa... Una colocación de mozo de limpieza... lo que sea. Lo que no quiero es separarme de aquí.

—No es posible, Oscar... Malos están los tiempos para mantener más gente...

—Por piedad...

—Si al menos fuera usted artista...

—¿No lo soy!—respondió amargamente.

—¿Y qué voy a hacerle? Aunque... con esa cara fúnebre y melancólica que usted tiene... ¡demonio!... no me parecería nada difícil que hiciera usted reír.

—¿Es posible?

Y el pobre hombre quiso sonreír y su sonrisa fué una mueca en su rostro cansado.

—¿Quiere probar? Total ha de hacer cuatro gansadas... con los otros Tonys y Augustos de la compañía... Si tiene éxito, quedará contratado...

—Sí, sí...

—Pues píntese la cara, póngase unas cuantas pinceladas de bermellón... y a escena.

Y fué de esta manera como el desgraciado Oscar hizo reír con su tristeza.

Su rostro severo y grave, ridículamente caricaturizado con brochazos de pintura, fué del agrado del respetable público que rió con gran entusiasmo al ver como los demás payasos se entretenían pegando y

dando golpes grotescos a aquel infeliz.

En días sucesivos se repitió la comedia y de nuevo el pobre Oscar con su aire risible y triste sirvió de muñeco para las bromas de los demás clowns de la compañía.

El brutal Cecchi se mostró satisfecho del payaso. No iba mal. Quedaba desde luego aceptado en la compañía.

Y comenzaron su peregrinación por otras ciudades y Oscar, convertido en payaso, siguió haciendo reír con su tristeza...

El mundo se divertía con él viendo como los otros clowns le abofeteaban y él contestaba con su triste sonrisa a la actuación de sus compañeros.

Con el tiempo perfeccionó su arte y logró hacer reír todavía más.

La tragedia eterna del payaso se repetía en él. Por fuera la mentira de la escena; interiormente el arriazo del dolor que no cesaba de dar señales de vida.

Pero vivía en el circo... y eso era lo importante... Vivía en el mismo lugar donde María había pasado sus

mejores años y donde el amor llegó por primera vez a su corazón.

Le parecía que el espíritu de María seguía viviendo en el circo. Y a veces no podía contener las lágrimas que manchaban su rostro embadurnado dando a sus facciones una nueva sombra grotesca.

Cuando se veía en la pista recordaba a María y miraba el lugar que antes había él ocupado en un asiento de grada y desde donde presenciara los triunfos de la amazona.

A veces si veía aquella localidad inconfundible para él, ocupada por alguna muchacha, se hacía la ilusión de que María le estaba contemplando admirada de su pobre arte de histrión.

El convencimiento de la amarga realidad ponía en su rostro triste aun más amargor.

Pasó tiempo...

Anduvieron mucho... Sucediéronse los años, mas para el pobre payaso la emoción del primer amor se mantenía viva como una flor inmarcesible.

Y su alma fué abriéndose cada vez más a la ternura...

Todos los artistas le apreciaban

y le confiaban sus cuitas o sus desengaños. Para todos tenía Oscar palabras oportunas, la suave frase de piedad, un hálamo de resignación.

Cuando Cecchi maltrataba a los artistas, y esto era con dolorosa frecuencia; y llevado de la brutalidad y del alcoholismo, les injuriaba groseramente, llegando hasta a pegarles, el buen Oscar procuraba consolar a los ofendidos, quitándoles de la cabeza proyectos de venganza que a veces se forjaban en su interior.

Era el padrastro, el hombre bueno donde se puede llorar confiadamente sin ánimo de que se responda con grosera burla.

Pero cuando su corazón encontró un verdadero consuelo fué al convertirse de repente en padre de las dos niñas.

Murió el compañero equilibrista que algunos años antes le presentara a María.

El pobre hombre dejó huérfanas a las dos chiquillas que sin amparo de nadie hubieran sido lanzadas inexorablemente del circo a no ser por la intervención del buen Oscar.

Cecchi se negó a que permanecie-

sen allí. Malos estaban los tiempos para mantener bocas inútiles. Sobraba gente en el circo y no era ocasión de aumentar más el presupuesto.

Pero Oscar insistió de modo paternal para que no fueran echadas, como una cosa inútil, aquellas criaturas. De no permanecer allí, su única solución sería la de ingresar en una Casa de Caridad, formar parte del inmenso montón de niños sin amor, acogidos a la beneficencia pública.

El payaso se rebelaba ante aquella posibilidad e insistió cerca del bárbaro Cecchi.

Las niñas serían artistas el día de mañana; constituirían una atracción espléndida. Bien preparadas por ellos acabarían por ser un número de sensación... Las dos chiquillas, cubiertas con vestidos negros, parecían escuchar con lágrimas en los ojos la defensa que el pobre hombre hacía de ellas.

Trabajo le costó, pero Cecchi acabó por ceder, después de preferir nuevas palabras de protesta.

¡Bien, que se quedasen! Y si con el tiempo no resultaban lo que ha-

hía dicho Oscar, echaría a éste del circo y le haría sentir la fuerza de sus puños.

Y entonces comenzó para Oscar una vida inquieta, llena de dulces alegrías mezcladas con sobresaltos: el placer de la paternidad.

No era padre por la fuerza de la sangre, pero en su alma habían estallado las dulces emociones del más grande sentimiento humano.

Se enternecía contemplando a las dos niñas haciéndose la ilusión de que eran hijas realmente suyas y de la amazona gentil que voló como una mariposa hacia el azul del cielo.

Fué el padrazo, el protector, el maestro, el consejero, el guía en los primeros pasos de aquellas vidas, necesitadas de su apoyo para defenderse contra las continuas brutalidades de Cecchi.

Pasó el tiempo. Las chiquillas comenzaron a despuntar en el baile, y su bella movilidad y la gracia de sus gestos, eran una anunciación de su arte futuro...

La continua preocupación por las niñas había hecho menos triste la existencia de aquel payaso de gran corazón. No, no había olvidado a

María, pero le parecía que en el mundo hay algo más que una simple evocación sentimental. Estaba seguro de que trabajando por ellas, cuidándolas amorosamente, cumplía un noble fin en su existencia y la dignificaba elevándola a una categoría superior.

Cierta vez enfermó una de las chiquillas.

El buca Oscar pasó unos días de dolorosa crueldad temiendo que la muerte, que ya le había arrebatado lo más hermoso de la vida, hiciera lo mismo con aquella criatura de suaves ojos que se ahogaba bajo el sarpazo de la fiebre.

Pasó las dos o tres noches de la crisis en una incertidumbre cruel. Tenía que trabajar como siempre, provocando la alegría general con su grotesca actuación de muñeco. Y, sin embargo, su corazón sangraba y parecía derretirse por todo su cuerpo como gotas de plomo ardiente...

Esta vez la Parca mostróse compasiva con el payaso, recordando que ya le había herido anteriormente. La niña sanó; con la rapidez de las convalecencias infantiles, a los

pocos días corría ya por el circo, llenando de graciosas risas el ambiente.

¡Cuánto amor, cuánto amor destiló el alma del payaso! Con esa embriaguez de cariño parecía compensar a las pobres criaturas de la frialdad del circo y de la brutalidad de Cecchi cada día de peor humor...

La llegada de los dos niños, de los hijos de los Rossy, acabó de ensanchar el alma paternal del payaso. Su amor supo repartirse en lo sucesivo entre los cuatro huérfanos. Bajo el ropaje de su cariño aquellos pobres seres infantiles encontraron un bondadoso corazón.

Las niñas bailaban; sus menudos cuerpecitos parecían volar como si quisieran huir de la tierra y buscar el amor de los padres muertos. Los chiquillos demostraban ya una agilidad extraordinaria en el trapecio y parecía que con el tiempo iban a realizar los mismos ejercicios que dieron tanta fama a sus padres: aquel salto de la muerte que hacía vibrar en un ¡ay! unánime a la multitud.

La vida iba haciéndose, sin em-

bargo, cada vez más penosa, más cuesta abajo, hacia el abismo.

Iba el circo de mal en peor, apareciendo cada vez más pobre y envejecido como esas existencias que languidecen hacia una ancianidad rápida y triste.

Cecchi se emborrachaba a menudo y últimamente la embriaguez era su estado cotidiano.

Profundamente disgustado al ver la reducción de beneficios, al constatar como poco a poco se iba perdiendo el antiguo esplendor y el circo se convertía en una cosa de mala muerte, procuraba olvidar con continuas libaciones, copas de ajeno que le quemaban las entrañas con una fuerza rabiosa...

Con la agresividad del alcohol insultaba y maltrataba a los artistas, que iban abandonándole sucesivamente hasta quedar reducido a media docena de colaboradores el antiguo y espléndido cuadro de arte.

Y cada vez más brutal, se enfurecía contra los cuatro niños y el payaso, y muchas veces los pequeños tuvieron que huir asustados ante aquel puño humano que pre-

teodía descargar su barbarie contra ellos.

¡Cómo sufría Oscar! ¡Cómo aguantaba realizando esfuerzos supremos aquella existencia!

Pero... ¡al fin! Ya no fué posible seguir más...

Ahora se encontraba en el carrito, camino adelante a la luz ya de la nascente aurora...

Si. No había podido resistir la última brutalidad de Cecchi; no consentiría nunca más que las manos infames de aquel rufián azotasen la carne tierna de los chiquillos.

¡Huir... ir muy lejos... vivir en otro lugar de la tierra!...

Eran libres; iban a formar una vida nueva...

¿Cómo había podido resistir durante tantos años el espectáculo inaudito del circo? Ahora estaba ya realizado el gran paso de la libertad; formarían ellos un circo nuevo donde el amor fuera un compañero más.

Había amanecido... Con todos aquellos razonamientos y evocaciones del pasado había transcurrido bastante tiempo, y ya los rayos del

sol rasgaban como flechas aceradas el gran tapiz azul del cielo.

Los niños, las dos bellas parejitas seguían durmiendo en el carruaje, con un sueño tranquilo y largo que hacía más prolongada la emoción del día anterior.

Oscar sonreía, mientras acariciaba suavemente las bridas del caballo.

¡Vaya si vivirían bien! Todos tenían temple de artistas y ahora en el nuevo ambiente, sus almas oprimidas hasta entonces estallarían ufanas, dando los frutos dulzones de su talento.

El carro pasaba por un camino pintoresco, bordéado de álamos, extendiéndose a ambos lados el paisaje verde y bien cuidado por el amor campesino.

Hasta entonces no había reparado Oscar en la hermosura de la tierra, en la belleza de los amaneceres, espléndido regalo de Dios... Por primera vez admiraba la aurora y sus bellas tonalidades esparcidas por el infinito.

También en su alma surgía el sol... y la luz bañaba su cuerpo en fogosas oleadas...

¡Adelante, adelante! Como la luz solar borraba las sombras de la noche, en el corazón del payaso desaparecían las negruras de su pasado, para dejar paso a los contornos firmes de la esperanza...

Se había constituido en padre de cuatro niños, pero estaba seguro de conseguir la victoria...

Desde el más allá, creía ver a María bendiciéndole por su buena acción.

Las piedrecitas de los años fueron cayendo en el abismo de la eternidad.

Y los niños se convirtieron en adolescentes, en jóvenes, mientras Oscar se veía paulatinamente con menos fuerzas en su corazón ya cansado.

Los chicos eran ya dos bellos atletas de espléndida robustez y las muchachas dos hermosas rosas tempranas, de embriagador perfume.

La lucha había sido ruda, amarga, aunque sin perder jamás la confianza en el triunfo.

Mucho le había costado a Oscar seguir adelante, pero lo conseguía al fin después de esfuerzos incesantes.

Las muchachas habían dejado de bailar, y formaban ahora un número de conjunto con sus jóvenes compañeros.

Era el ideal de Oscar que realizasen aquel salto de la muerte que había dado tanta fama a los Rosy...

En aquel número se uniría la belleza y la emoción y el éxito habría de ser doble...

Y así avanzaban y cada año adelantaban un peldaño en el camino del éxito y pretendían llegar muy arriba, muy lejos...

—¡Oscar, tío! — le decían aquellos cuatro jóvenes—. ¡Nunca te agradeceremos bastante lo que estás haciendo por nosotros!

—¡Animo, chiquillos! No desanimarse. Es preciso convertir nuestro circo en algo grandioso... Yo no sirvo ya apenas, mi trabajo es torpe, pero vosotros sí que sois verdaderos artistas... y venceréis...

Y gustaba de humillar su figura

para que resplandeciera más y más la de aquellos cuatro muchachos de su familia.

Costaba la gloria, era cierto... pero... ánimo...

Y avanzaban con firmeza, seguros de no caer.

Y la lucha, ardua, abnegada, del noble payaso, obtuvo su premio.

De circo en circo, en marcha ascendente hacia la gloria, los jóvenes acróbatas cosechaban lauros que los estimulaban a perseverar en su afán de superación, buscando nuevas emociones a su ya arriesgada actuación.

La ilusión de los dos hermanos, que compartían sus respectivas parejas, era realizar la sensacional atracción que hiciera famosos a los padres de ellos, los inolvidables "The Rossy".

Pero eso requería tiempo y perfecto dominio del trapecio.

A la sazón, el acreditado Circo

Walker acogióles, junto con Oscar, que actuaba como *clown* excéntrico, en su seno, y ante un numeroso público confirmaron su valía.

Pero Oscar era ya viejo, no precisamente por los años, sino por las vicisitudes que tuvo que sortear la mayor parte de su vida. El público no se daba cuenta de ello, porque ante él aparecía el payaso lleno de optimismo, y aplaudía sus extravagancias.

Cierta noche, al terminar su actuación, por un esfuerzo extraordinario de su voluntad, pues no estaba en condiciones de hacer su número, sintiéndose indispuerto, se tambaleó, teniendo que apoyarse

para no caer, en la cortina del escenario.

El público, con sus aplausos, requirió por tres veces su presencia en la pista, y otras tantas veces se sobrepuso a sí mismo el payaso para que las risas no se trocasen en piedad; pero al regresar al escenario la última vez, no pudo más y dejóse caer sobre un diván.

Acudieron a socorrerlo los dos empleados encargados de abrir las cortinas del escenario, y lo transportaron a su camarín.

Los cuatro muchachos precipitáronse a reunirse con su protector, y al verle tendido en la cama, reflejado en su semblante el dolor físico que lo consumía, se asustaron.

—Tío Oscar...—gimieron las jovencitas.

Y los jóvenes, procurando disimular su emoción, para no desanimar al viejo amado, le sonreían cuando él los miraba con ojos empañados pero llenos de cariño.

Y, a pesar de su dolor, el payaso sonrió también, y dijo a sus queridos prohibidos:

—Estoy bien... Debéis salir... El público espera...

El timbre del director del circo requería la presencia de las dos parejas de acróbatas, que llamaban poderosamente la atención de todos por su simpatía y su arrojo, y era fuerza obedecer.

Pero ¿le ocurriría algo al enfermo? ¿No los necesitaría a su lado mientras ellos emocionaban al público con sus arriesgados ejercicios de hábiles trapezistas?

El payaso leyó en el fondo de sus amados niños y esforzóse aún más en aparecer tranquilo.

—Ya me siento completamente bien... Id a la pista, hijos míos, id...

La niña rubia, Luisa de nombre; su hermana, la morena, llamada Marión; y la pareja de Luisa, Roberto, salieron del camarín, después de haber acariciado al pobre Oscar; y Charles, el cuarto acróbata, pareja de Marión, quedó unos momentos solo con el payaso.

—¿Estás bien, tío? ¿De veras no nos engañas?

—Me dió un ataque, pero ya pasó... Son cosas de viejos, hijo mío... pero no tienen importancia.

Un empleado vino a avisar a

Charles que le estaban esperando para salir a escena.

—En seguida — dijo el apuesto muchacho.

Y acarició a Oscar y le dijo, deseando que eso fuese pronto, muy pronto:

—Cuando presentemos nuestra nueva atracción ya no tendrás que trabajar más.

Y el pobre viejo sonrió de gratitud... y la pintura de su rostro se surcaba de lágrimas...

La aparición de los cuatro acróbatas fué recibida con cálidos aplausos, y, como en todas las funciones, aquella fué de triunfo para ellos, cuya fama iba ensanchándose, como si quisiera llegar a su máxima expresión, abarcando de una vez la anhelada gloria.

Sucedieronse noches y más noches en que el sueño de fama y fortuna, *El Salto de la Muerte*, era ensayado repetidamente, una y otra vez... a todo riesgo...

Hasta que, cierta noche, decidiéndose a realizar el ejercicio que encumbrara a sus padres, Charles gritó a todos sus queridos seres:

—Voy a intentar el gran salto.

El temerario ejercicio consistía en saltar desde su trapecio al de Roberto, que lo recibía con las manos, suspendido desde el suyo, boca abajo, y, luego, desprenderse de las manos de Roberto y saltar, atravesando un arco de fuego, a su trapecio, que Marión hacía oscilar oportunamente en el vacío.

Era un ejercicio escalofriante, que haría contener la respiración al público, como si el más leve rumor pudiera acarrear un terrible accidente.

Este ejercicio debía ejecutarse con red, porque una caída sobre la pista hubiera sido fatal.

Oscar asistía angustiosamente al ensayo decisivo. Si Charles daba el salto de la muerte, en adelante sería el más famoso acróbata del mundo entero... y el pobre viejo vería aumentadas sus inquietudes. Pero el buen padrastro lo prefería todo a ser un obstáculo en la marcha triunfal de sus amados protegidos.

Se hizo el mayor silencio. El momento era solemne. Marión miraba cariñosamente a Charles, el héroe, alentándole a triunfar. No tenía miedo. Estaba segura de él.

Desde el trapecio opuesto, Roberto y Luisa estaban atentos al menor gesto de Charles, y cuando éste dió la voz de preparación, Roberto se lanzó al espacio colgado de su trapecio y se dispuso a recibir a su hermano.

—¡Ya!—gritó Charles.

—¡Ya!—respondió Roberto.

A su vez, Charles arrojóse al vacío, suspendióse de las manos de Roberto, y, dando media vuelta sobre sí mismo, atravesó el aro que pendía de la cúpula entre trapecio y trapecio, y fué a suspenderse del suyo oportunamente empujado hacia él por Marión.

El salto era ya un hecho. La qui-

mera acababa de convertirse en maravillosa realidad.

Oscar secábase el sudor que bañaba su frente, y se reía y lloraba...

Luisa y Roberto aplaudieron con entusiasmo, y Marión, la pareja de Charles, la que quería ser digna compañera de profesión en todas sus proezas, quiso probar también la prodigiosa hazaña.

Fué inútil que se opusieran a su pretensión, y con pasmosa serenidad, después de mirar con los ojos de su alma a Charles, hizo lo propio que él... ¡y María dió, como él, tan valiente como él, el gran salto!

Y en el horizonte de sus vidas aparecieron con letras de oro las letras de la palabra mágica: TRIUNFO.

Los más prestigiosos circos solicitaron su concurso, y de ciudad en ciudad, de circo en circo, a cual más famoso, llegaron a París, donde su consagración había de ser definitiva, comparándoseles con ven-

taja con los trapecistas más celebrados del universo.

Su debut en el Gran Circo revisió caracteres de acontecimiento sensacional.

A pesar de su larga carrera, los

cuatro acróbatas se sentían un tanto azorados.

¿Cómo iba a recibirles el gran público parisiense, ese público del Gran Circo, donde la aristocracia descendía a codearse con la multitud?

En sus sendos camarines, los dos hermanos y las dos hermanas se preparaban para su número.

Mutualmente se aseguraban que el triunfo iba a ser rotundo, como en todas partes, ya que su buena estrella no les había hecho nunca traición.

Oscar, avejentado y sin ánimos para continuar haciendo reír a la gente, había sido retirado de la pista por los cuatro muchachos, rodeándole de las mayores atenciones, para recompensarle, en parte, los sacrificios que había hecho por ellos.

El perro de lanas no se había separado de los artistas del circo Cecchi, y era compañero leal de Oscar.

Oscar presentóse en el escenario un poco antes del número de sus protegidos, y a su paso todo eran saludos y frases cariñosas.

El antiguo payaso parecía un gran señor. El mejor vestido y la mejor prenda de abrigo eran para él, para satisfacción y orgullo de los reconocidos acróbatas.

Oscar entró en el camarín de los dos hermanos.

—¿Preparándoos, hijos míos?

—Sí, tío Oscar... El gran momento está próximo...

—Para vosotros ya no hay gran momento, porque todos lo son... En París seréis aclamados como en todas partes...

—Dentro de unos momentos lo veremos.

—Serenidad, ¿eh? No os dejéis dominar por la emoción del debut. Eso es lo peor para un artista.

—No pases cuidado...

Del camarín de los muchachos pasó Oscar al de las dos hermanas, quienes le recibieron alegremente, llenándole de besos, pues le querían como a un padre.

Luisa y Marión terminaron de arreglarse antes que los dos hermanos, y fueron a reunirseles en el camarín de ellos.

La inclinación que desde niños sintieran las dos hermanas por es-

da una de los muchachos, no había sufrido la más mínima variación. Cada pareja estaba formada por los que más ternura y simpatía se inspiraban, aunque todos se querían entrañablemente.

Mientras Luisa y Roberto se alejaban jugueteando hacia el escenario, esperando el momento de su número, Marión y Charles quedábanse en el camarín, donde el joven se ajustaba en la cabeza el gorro de diablo con el que aparecía ante el público, cubriéndose asimismo, como todos, con amplia túnica roja, como invencibles Mefistas.

Marión hacía "diabluras" con Charles — cosa natural, queriéndose tanto y siendo diablos en aquellos momentos —, y éste, suspendiendo su "toilette", la inquietó a su vez.

De pronto, Marión exclamó:

—¡Se nos hará tarde!

Charles consultó un reloj... un relojito que no se había separado nunca de él, y comprobó que era tarde.

Al ver el reloj, dijo Marión:

—El relojito se va volviendo viejo...

Charles la miró fijamente, a los ojos, y rumoreó, recordando el día y la ocasión en que ella se lo dio:

—Pero será siempre para mí, un recuerdo muy querido, Marión.

Las miradas de Charles hablaban a Marión de dulzuras mil veces soñadas, pero siempre ocultas, y, ruborosa, hizo ademán de salir del camarín.

Charles la detuvo, y enlazándola por el talle, la atrajo sobre sí y le preguntó, tembloroso:

—¿Me quieres, Marión?

Nada dijo la alada criatura, y al sentir los labios de Charles sobre los suyos, besó con toda su alma.

Se habían querido siempre. El divino sentimiento latía en sus pechos, pero no se había revelado hasta ahora.

Y las caricias se sucedieron, como ansiosos de desquitarse un poco de su prolongado silencio como mujer y hombre atraídos por la voz del corazón.

El director del circo llamaba, pulsaba el timbre del camarín de Charles, requiriéndole a escena... pero los enamorados estaban tan abs-

L O S C U A T R O D I A B L O S

traídos de todo, que fué preciso ir a llamar a la puerta, porque el público se impacientaba.

Un testigo había tenido la amorosa escena: el perro, que tuvo que ocultarse, para que no le conocieran en la cara la envidia que le te-

nía a Charles... y, dicho sea de paso, como era un animal muy prudente, para no estorbar.

Sus años, un poco largos ya, le habían enseñado a estar bien con todo el mundo... sin olvidarse del decálogo de Moisés...



Rosas... y espinas

El director del circo colocóse en el centro del ruedo y anunció a los espectadores:

—Tengo el honor de presentar esta noche al respetable público a los trapecistas de fama mundial "Los 4 Diablos".

Acto seguido hicieron su aparición en sendos tiros de caballos blancos, los cuatro acróbatas, vestidos de rojo, contrastando la escarlata de sus atavíos profesionales con la albura de los ocho bríosos caballos.

Apeáronse en medio de la pista, y prestamente se izaron a sus respectivos trapecios.

Su sola presencia bastó para que el público se percatase de que se hallaba ante verdaderos artistas, llenos de elegancia y valientes has-

ta la temeridad. Y subyugado por la luz de simpatía que irradiaban sus agraciados rostros, no perdió detalle de sus interesantes ejercicios preliminares.

En uno de los palcos se hallaba, sola, una distinguida mujer. Era bellísima y joven. La blancura lílial de su rostro contrastaba armónicamente, con delicadeza surta, con el sedoso ropaje que moldeaba su esbelta figura.

Admiración de los hombres y envidia de muchas mujercas. La hermosa no prestaba la menor atención a nadie, absorta única y exclusivamente en la contemplación del acróbata más viril, más perfecto que había visto en sus frecuentes idas a los circos.

—Buen mozo — se decía, y un



- Bien merece un poco de azúcar...



¡—Dónde está Charles?



¡Si supiera Marion que Charles caía en aquellos instantes en la tentación de la hermosa mujer del palco!



—No soy tu padre, pero tú siempre has sido un hijo para mí.



—Charles no sabe lo que hace...



-Sí, Marion, sí, es a ti a quien amo.



¡No se daba por vencida!



— ¡Créeme, Marion! ¡He terminado con ella para siempre!

L O S C U A T R O D I A B L O S

estremecimiento de felicidad hacía vibrar su cuerpo de refinadas armonías...

Ese acróbata era Charles, el hombre inmensamente amado, desde su más tierna infancia, por Marión.

De súbito, el director anunció al público:

—El famoso y arriesgado salto desde la cúpula del circo, por el señor Charles y la señorita Marión.

Los espectadores acallaron sus entusiásticos rumores al ver la preparación de la simpática pareja para el salto de la muerte, atravesando un aro de fuego, y ante el más cerrado silencio los arrojados novios realizaron su portentosa hazaña, electrizando al público.

Y, como lo pronosticara el padrazo, el éxito fué indiscutible.

Los acróbatas fueron requeridos innumerables veces a saludar desde el centro de la pista, y una de las veces cayó, entre el estrépito de los aplausos, una rosa de encendidos colores a los pies de Charles.

Se la mandaba la bella del palco... la solitaria hermosa que le estuvo observando extática durante la representación...

Charles, sin fijarse en la amable admiradora, ignorando y no importándole saber si la fineza partía de manos femeninas y se dirigía a él, o de manos varoniles y estaba destinada a Marión, recogió la rosa y se la ofreció a su amada.

Pero si en aquel momento hubiese acertado a dirigir la vista al palco de la adorable desconocida, hubiese visto dibujarse en los labios de ésta un mohín de despecho...

Desaparecidos los cuatro diablos, el director situóse de nuevo en el centro del ruedo y dijo al auditorio:

—¡Intermedio! Durante el mismo podrá ser admirada por el distinguido público la gran colección de fieras y caballos del circo.

Los cuatro muchachos estaban orgullosos de su triunfo. Habían pisado con buen pie la pista del Gran Circo del imponente París. Su carrera estaba consolidada.

Mientras se desnudaba en su camarín, Marión, pensando más en el amor de Charles que en la efímera gloria, veía, imaginariamente, acercarse el supremo instante de unir

con indisolubles lazos su vida a la del hombre a quien pertenecía ya en alma.

La flor que él le regalara al recibir la apoteósica ovación del nuevo público conquistado, reposaba en el mármol de su tocador, roja y ufana.

Al verla, Marión sonrió y la tomó en sus manos de hada... Acariñó la rosa y antojósele, completamente ajena a lo que había querido significar con ella la mujer del palco a Charles, que éste la estaba mirando desde el fondo de sus combados pétalos, rojos como la sangre que alimentaba su pasión...

Un cuarto de hora después, los cuatro diablitos y Oscar—sin olvidar el perro—se encaminaron al restaurante del circo, para cenar.

Lo hicieron alegre y frugalmente, formando entre todos, la ración del perro, tan travieso como sus "endiablados" dueños; y Marión, espíritu sublime, puso en un vaso de agua la flor que le diera Charles, para conservar su lozanía, como la deseaba eternamente para su amor...

Después de cenar, emprendieron

el camino de regreso al hogar.

Había nevado. París estaba cubierto de espesa capa de suavidad y tono lechosos.

Como chiquillos, los cuatro diablitos se tiroteaban con bolas de nieve, que, al chocar con sus rostros, hacíanles dar gritos de sorpresa, producidos por la fría sensación...

Corrían, saltaban; y así hasta llegar a la puerta de su casa, donde, después de un nuevo y desesperado tiroteo de heladas blandicies, Charles se apoderó de Marión, y Roberto de Luisa, conduciéndolas hasta el pasillo de su cuarto, situado en el piso inmediatamente inferior al suyo.

Charles, embargado de dicha al sentir el suave peso de su adorada, musitó, como si se hallase ante una imagen:

—Eres tan menudita, tan alegre... y tan deliciosa...

Y aquella noche no sabían despedirse...

¡Eran tan felices el uno junto al otro!

En tanto, Oscar, con el perro, subía lentamente la escalera, satisfecho de su obra...

La hermosa desconocida no faltaba nunca. Todas las noches acudía a la representación sólo por lograr lo que se había propuesto: conquistar a Charles.

Y cierta noche, la rosa que acostumbra arrojar a sus pies al saludar los cuatro diablos al público, fué recogida por Charles al tiempo que descubría su origen.

La radiante belleza de su admiradora le sorprendió, y la sonrisa con que ella premió su mirada, le reveló sensaciones desconocidas.

Marión hizo ademán de aceptar, como las anteriores noches, la rosa roja; pero Charles la retuvo entre sus manos... y la bella del palco le agradeció íntimamente su inusitado gesto...

Durante el intermedio, obedeciendo a un secreto impulso de su imaginación, Charles fué a verificar los cascotes de uno de los caballos de su majestuoso tiro, y, como lo pensaba, la hermosa desconocida, que vi-

sitaba la colección de fieras y los caballos del circo, se detuvo, al verle, junto a él, fingiendo interesarle los caballos de los cuatro diablos.

Charles tenía presa entre sus dientes la flor de la bella, y al verla la saludó con ligera inclinación de cabeza, a la cual ella correspondió con una sonrisa.

Intimidado ante la maravillosa mujer que le hablaba de extravíos pasionales, Charles no acertaba a despegar su lengua, y halagada por la impresión que causaba en él, ella se complacía en prolongar el examen... de los caballos...

Acarició, dando evidentes muestras de temor, al cuadrúpedo en que se apoyaba Charles, y sacando de su bolso unos pedazos de azúcar, dijo al acróbata:

—¡Pobrecillo!... ¡Bien merece un poco de azúcar!... ¿Puedo dárselo?

—Sí, señora... No tema usted que le haga daño... Es muy dócil... Acérquele sin recelo su mano...

Y, viendo que ella no se atrevía, Charles la ayudó a decidirse, rozando los finísimos dedos de la mano de la enigmática mujer... que sonreía, abandonándose al peligroso juego...

... y cuando más desconcertado estaba Charles, la bella, después de mirar las esferas de su diminuto y valioso reloj de pulsera, le invitó a... acompañarla a su casa, tan pronto terminase la representación de aquella noche.

Charles cambió sus ropas apresuradamente, y al ver que su hermano, que se disponía a salir del camarín, para reunirse con Luisa, Marión y Oscar y el perro, le miraba sorprendido, le dijo:

—No me esperéis. Vendré después de cenar.

Roberto no pudo reprimir su sorpresa, pero reaccionando, sin sospechar lo que ocurría, contestó a su hermano:

—Bien... pero no tardes... Hay una razón...

Mientras Charles se enfurecía

delante del espejo ante su torpeza en anudarse la corbata de lazo, teniendo que librarle de tal apuro un viejo empleado del circo, en el restaurante, Marión y Oscar, llegados en primer lugar, contemplaban la razón por la cual Charles no podía tardar en reunirseles: un pastel de cumpleaños, del que emergían veinte velitas, una para cada año que contaba el buen mozo.

Luisa y Roberto llegaron un poco después, y extrañada de no ver con ellos a Charles, Marión preguntó al hermano de éste:

—¿Dónde está Charles?

Disimulando su preocupación, Roberto repuso, empezando a sospechar un poco la realidad, que no en vano era hombre:

—Dijo que no le esperásemos... que vendría después.

—¡Ah!

¿Por qué faltaba, precisamente aquella noche, y por vez primera en su vida?

¿Qué motivo le impedía celebrar con ella... con ellos, su cumpleaños?

Y sin poderlo evitar, pensó en que aquella noche Charles no le había entregado la flor...

Esforzóse en aparentar tranquilidad; pero la cena transcurrió tristemente para todos, salpicada de vez en cuando por las ocurrencias de Luisa y Roberto.

Para mayor martirio de Marión, y como suele suceder en casos parecidos, fué llegando gente, creyendo la enamorada cada vez que era Charles quien llegaba, y esa gente, artistas del circo, ajenos a la torpeza que cometían, preguntábanle por el ausente.

—¿No viene Charles?

—Después...

—Supongo que Charles no estará enfermo...

—Vendrá... después...

Pero Charles no llegaba...

Las velitas del pastel estaban encendidas desde hacía mucho rato.

Y mientras la amada y los que le querían entrañablemente le aguardaban con impaciencia en el restaurante, Charles llegaba a la lujosa morada de la hermosa del palco, que le había recogido a la puerta del escenario del Gran Circo con su automóvil.

Charles se decía que obraba mal estando allí, cuando su novia, su hermano, Luisa, Oscar... y el perro le estaban esperando para pasar juntos la velada; pero era tal el influjo que ejercía en él, apenas tratada, la hermosa mujer, que oponía a sus sensatas reflexiones la realidad de que era de necios no aprovechar ocasiones como aquella para conocer un poco la vida...

Preocupóse, pues, durante la espera a que le sometió la caprichosa mientras cambiaba sus vestidos de teatro por vaporosa indumentaria de interior, tan sólo de arreglarse la corbata, para aparecer ante ella

lo más agradable posible; y la irivola, la mujer que todo lo sacrificaba en el ara de la satisfacción de sus sentidos... le sorprendió en tan pueril ocupación.

¡Ah! ¡Aquel muchacho era suyo!
¡Haría con él cuanto quisiera!

Y empezó el asedio, dirigiendo la ofensiva la mujer...

Y como era ya tarde y nada hacía suponer que Charles no tardaría en llegar, y la espera se complicaba más y más, se partió el pastel de cumpleaños.

Entre todos apagaron las velitas, descando, antes de hacerlo, y como era tradicional, algo bueno para el porvenir de Charles, y cada cual comió su parte, no pudiendo hacerlo, sin un extraordinario esfuerzo, Marión.

En el pedazo de Luisa, se halló un anillo, al ver el cual apresuróse a decir el camarero:

—La señorita Luisa será novia este año.

Roberto, siguiendo la broma, colocó el anillo en un dedo de Luisa, y en aquel momento Marión halló en su pedazo de pastel un dedal, produciéndose entre grandes risotadas ajenas al dolor que causaban a la angelical enamorada, este nuevo comentario del camarero:

—La señorita Marión quedará para vestir imágenes.

Aquellos eran, claro, caprichosos vaticinios del azar; pero Marión no pudo substraerse al temor de que, en lo que le atañía, resultasen ciertos, y reía y lloraba.

Pero ¿por qué lloraba? ¿Tan poca fe tenía en el amor de Charles?
¡Qué tonta era!

¡Si supiera Marión que Charles caía en aquellos instantes en la tentación de la hermosa mujer del palco!

* * *

Eran las dos de la madrugada y Charles no había llegado al hogar.

Marión estaba en vela en su cuarto, mientras Luisa dormía, atenta al menor rumor en la escalera.

De pronto, el foco de un automóvil iluminó fugazmente la habitación de la cuitada, y acercándose a la ventana, Marión vio a través de sus cristales a Charles apeándose de un lujoso automóvil, despidiéndose, con un largo beso, de una mujer...

El corazón de la enamorada se empequeñeció, como si una mano impía lo estrujase hasta arrancárselo...

Charles subió sigilosamente la escalera, y al llegar a su cuarto, Roberto, despertando al oírle, le miró con reproche; pero el iluso exclamó con loco entusiasmo:

—¡ Soy tan feliz!

Roberto crispó los puños... y Marión, en su cuarto de virgen, sollozaba...



En la pendiente

Una rosa... una carta:

Amor mío:

Te aguardaré después de la representación.

Otra rosa... otra carta:

Charles de mi vida:

El automóvil te aguardará esta noche como de costumbre.

Y así cada noche, citando siempre, recordándole siempre a Charles, la bella del palco, que descaba, que contaba verle.

Y Charles no faltaba nunca, preso cada nuevo día más en la tupida red de la fascinación de aquella serpiente blanca.

Las entrevistas se sucedieron y adquirían cada vez más gravedad. Ya no se limitaban a unas horas, después de la representación del circo, sino que Charles, para que no se enterasen en su casa de sus visitas a la dama del palco, fingía acostarse temprano... y a la madrugada se levantaba y dirigíase al lugar donde sabía le estaba esperando el coche de ella.

Pero una noche Roberto sorprendió a su hermano en su sigilosa salida, y le detuvo.

Aquello duraba ya demasiado. El incauto exageraba la nota. La vida que llevaba de un tiempo a aquella parte le conduciría a la ruina, y la

suya sería la de todos. Pero no se quejaba Roberto por egoísmo, sino deseando el bienestar de su hermano y proteger la felicidad de Marión, que callaba, sufriendo en silencio, imitando al inmortal músico polonés, el imponderable organista de la marcha nupcial, que sabía que amar es sufrir... y amaba.

Charles le indicó con gesto duro que no gritase y que le franquease el paso. Las tuyas, eran cosas de hombres, y como tal debía comprenderlas Roberto.

Mas éste, que si algo comprendía, era que Charles no debía hacer sufrir a Marión, no quiso dejarlo partir. Trató de persuadirlo por las buenas.

—¡Por Dios, Charles! No puedes seguir así. Te he estado observando, pero ya no he podido más esta noche. Estás arruinando tu vida, ¿no lo comprendes?

Charles no comprendía más que una cosa: que la bella del palco le amaba con locura y que su amor le era necesario, indispensable.

—Vamos, apártate... No me pongas más nervioso de lo que estoy— dijo a Roberto.

—No. Debes escucharme.

—No me irrites, Roberto, o...

—Esta noche no sales... Te haré quedar aquí... aunque sea a la fuerza.

—¡Soy el jefe de la troupe! ¡Y si quiero salir, salgo!

—¡No!

Charles cegó, y abalanzándose a su hermano, luchó con él para alejarlo de la puerta de la habitación.

Roberto se defendió furiosamente, dispuesto a que Charles no se moviese; pero éste era más corpulento que él y consiguió distanciarlo de la puerta.

Marión oyó, desde abajo, las fuertes pisadas de los dos hombres y la caída de dos cuerpos, cuando los dos hermanos rodaron por el suelo luchando sin piedad; y temiendo que ocurriese algo grave, salió de su cuarto, vestida, para subir al de los muchachos, pero apenas en el pasillo, vió huir a Charles.

¡Ah! Comprendía la riña anterior. Roberto había querido impedir que su hermano corriese en pos de la loca aventura.

Lo temía y, sin vacilar, cual si ella pudiera hacer algo por evitar

una desgracia a su amado, salió a la calle, en su persecución, pero Charles subió al automóvil de la hermosa mujer y púsose pronto fuera del alcance de Marión.

Entonces ésta, que quería saber adónde iba, alquiló un taxi que acertó a pasar por su lado, y así, siguiendo al lujoso vehículo en que iba Charles, pudo lograr su propósito de conocer la morada de la mujer que le robaba al hombre que era su vida.

Charles desapareció, en el coche, por las avenidas del jardín del señorial retiro, y Marión, como si sintiera alivio a su pesar encontrándose lo más cerca posible de su amado, esperó horas y más horas apoyada en la verja de la casa maldita.

Ciataba el nuevo día cuando él salió, regresando a su casa; y Marión, atarida, emprendió el regreso a pie, diciéndose que, al menos, no se había quedado su amado, para siempre, en la mansión de la caprichosa.

Eran las diez de la mañana y Charles dormía aún, a pesar de que el ensayo cotidiano de sus arries-

gados ejercicios con sus compañeros estaba concertado para una hora antes.

Despertándose a esa hora, Charles vistióse atropelladamente, para no aumentar su retraso en llegar al ensayo... y con el retraso el enojo de sus compañeros; y cuando llegó al circo, patentes en su semblante las huellas del cansancio, izóse a su trapecio, en cuyo descansillo se hallaba ya Marión, y dijo a ésta, sin osar apenas mirarla, avergonzándose ante ella de su conducta:

—He llegado tarde otra vez... supongo.

Ella, traicionando sus sentimientos, encogióse de hombros y respondió, como si él no le interesara lo más mínimo:

—Nadie pensó en esperarte.

Empezó el ensayo.

Oscar, intranquilo, sufriendo atrocemente ante la conducta de Charles, observaba sus menores gestos desde abajo.

Charles ejecutó los ejercicios preliminares de su difícil trabajo, y cada vez que terminaba uno de ellos daba evidentes muestras de cansancio. Lo que antes ejecutara sin di-

ficultad, parecíale extraordinario, y no se detenía a pensar el insensato, en que nada había cambiado, excepto él.

Cuando llegó el momento de dar el salto de la muerte, calculó mal la distancia y cayó sobre la red, con el consiguiente estupor de todos. ¡Consecuencia lógica de sus excesos!

Marión le miró compasiva, ocultando sus inquietudes para no humillarle con su piedad, y los artistas del circo que presenciaron el fallo del famoso trapeceísta, se libraron a mordaces comentarios, todos ellos concretándose en uno escalofriante; el siguiente:

—¡Si lo hace así mañana, lo que vamos a ver es el *último adiós*!

Al día siguiente, en efecto, los cuatro diablos celebrarían su función de despedida, realizando Marión y Charles el salto de la muerte sin red. El mérito sería el mismo, pero la emoción más intensa, por el peligro que representaba para los artistas trabajar sin la salvaguarda de la red.

Se suspendió el ensayo so pretexto de que Charles no se encon-

traba bien, y el equivocado muchacho, lejos de regresar a su casa, para descansar, fué reunirse con la dama del palco, en la suya, donde ella le esperaba para después del ensayo, como convenido al separarse aquella madrugada.

No comió con sus compañeros. Lo hizo con ella.

Por la tarde, mientras Marión arrastraba su tristeza de habitación en habitación, en el hogar de los acróbatas, Luisa y Roberto se disputaban una partida de ajedrez.

Roberto no llevaba, ciertamente, las de perder, y para impedirlo, Luisa se apoderó de una figura, y al reclamársela Roberto, negóse rotundamente a devolvérsela, promoviéndose, a consecuencia de ello, una escena interesantísima de juego pueril más que de riña.

Y he aquí que, al apresarla Roberto entre sus brazos, para, imposibilitándole todo movimiento, arrebatárle la figura, Luisa se estremeció de felicidad, arrebolándose como la grana, al sentir el contacto del muchacho. Y lo propio le ocurrió a él, y lo que nunca pasó por su mente durante muchos años de

diario trato, presentóse poderoso, invencible en aquel momento: comprendieron que así querían vivir siempre, unidos, sintiéndose el uno del otro.

Y sin explicarse cómo habían esperado tanto tiempo para sincerarse, se besaron, sellando su pacto de cariño para toda la vida.

Y Luisa, vencida, contenta de su derrota, compensada por la bendita felicidad que le prometía, sin palabras, Roberto, le devolvió la figura, pero de espaldas a él, pues el rubor le impedía, de momento, mirarle frente a frente. Parecía decirle de tan sencilla manera: "Toma. Ya no puedo negarte nada. Lo tuyo es mío. Lo mío es tuyo."

Roberto, loco de alegría, le susurró:

—¿Quieres que te compre una

cosa de verdad?... ¿Una cosa para siempre?

Se refería al anillo de compromiso, y por toda respuesta, Luisa le echó los brazos al cuello.

Marión entró en aquellos instantes en el comedor donde ellos se hallaban, y al sorprenderlos en su incipiente idilio, sintió, confundido con la alegría de saber felices a su hermanita y a Roberto, un nuevo dolor; todos eran dichosos, menos ella.

Luisa y Roberto se alejaron, para seguir entonando sin testigos su canto a la vida, y Marión, asomándose a la ventana de aquella pieza, contempló cómo nevaba y cómo, por obra y arte de su imaginación, el blanco sudario se convertía en verde césped que invitaba a los arrullos, bajo las frondas donde hasta el aire era pródigo en caricias...

Aquella noche, después de la representación, Charles encontró en su camarín un ramo de flores de la dama del palco, con esta nota manuscrita:

Amado mío:

Te espero con gran impaciencia esta noche.

Roberto dirigió miradas de recriminación a su hermano, pero aquella mujer le había hecho tan suyo, que nada podía detenerle...

Se preparó para salir, pero al ir a hacerlo, Oscar, que había callado hasta entonces, rogando por que Charles comprendiese por sí mismo su error, le cerró el paso, y, cariñoso, recurriendo a la actitud más humilde, más noble, empero, le habló de esta suerte:

—Hoy te cuiste. No olvides que mañana tienes que dar el salto sin red.

—Esta mañana no estaba bien... No fué nada... No temía...

—Espera, Charles... no tengas tanta prisa...

—Ya hablaremos mañana...

—No soy tu padre, pero tú has sido siempre un hijo para mí. Acuérdate de cuando eras niños, hijo mío, y de que siempre hemos estado juntos.

Charles callaba y Oscar aprovechó esa conjuntura para remachar el clavo:

—Piensa en la vida que ahora haces... tan distinta de antes... alejándote de todos los que bien te quieren.

—No me sermonees más, tío Oscar... Déjame, te lo ruego...—dijo al fin Charles, impacientándose.

—¿No quieres volver con nosotros... con los tuyos? ¿Has olvidado que eres un acróbata?

Charles irguióse altanero y replicó:

—No soy sólo un acróbata... ten-

go una vida que es muy mía y quiero vivirla.

Indignado, Oscar apoderóse del ramo de flores y exclamó:

—¿Es esta, entonces, tu vida?

—¡No toques esas flores!—rugió Charles.

Pero Oscar, abrogándose todos los derechos de un padre, que como tal se había portado con Charles, arrojó con repugnancia al suelo las flores de la caprichosa.

Colérico, Charles hizo ademán de agredir al viejo, pero se interpusieron entre ambos Luisa y Roberto, y Charles, disponiéndose a salir, dejó caer estas palabras:

—¡Esta es la última vez que te metes en mis asuntos!

Marión había escuchado desde su camarín la disputa, y temerosa de que, en su desesperación, cometiese Charles una locura, fugándose, acaso, con la dama del palco, salió en su seguimiento, en tanto que Luisa consolaba al pobre Oscar, al anciano que tan mal pago recibía del mayor de sus ahijados.

Charles se dirigió a la morada de la mujer fatal, asustándola con su intensa agitación, que desahogó, sin

poderlo remediar, en rabioso llanto delante de ella.

Iba a preguntarle la causa de su desesperación, cuando un criado vino a comunicarle que una mujer preguntaba por Charles.

Fuó a recibirla ella misma, comprendiendo, con su malsana clarividencia, lo ocurrido.

Era, en efecto, Marión la que preguntaba por Charles.

—¿Qué desea usted de mí, señorita?—preguntóle, sonriéndole.

Secamente, buscando con la mirada a su amado, Marión respondió:

—No he venido a ver a usted. Pregunto por él.

—¿El?... ¡Ah!... Comprendo... Pero... no está aquí.

—No es cierto. Le he seguido hasta aquí.

—¿Y, bien?

—Charles no sabe lo que hace, señora, pero ofende a alguien que le ama y le necesita.

—Ese alguien es usted, ¿verdad?

—¡Oh! Le amo, sí, pero...

Charles apareció en tales momentos ante las dos mujeres, y al ver a Marión su asombro no tuvo lími-

tes; pero antes de que él pudiera decir nada, la dama venenosa manifestó a Marión, cortando su frase:

—Pero él me ama a mí.

Y se abrazó a Charles, y añadió:

—Le portenesco.

Cogido de sorpresa, Charles no acertó a articular palabra; y considerando que todo estaba perdido, Marión huyó de aquella mansión hecha trizas su alma.

El sincero dolor de Marión hizo reaccionar a Charles, indicándole bruscamente el camino a seguir.

La embucadora pretendía retenerlo a su lado, pero él, rechazándola con odio, lanzóse en persecución de Marión.

Neuvaba. De unos días a aquella parte, los ángeles sacudían sus frágiles alas de suave plumaje sobre París. Marión corría desesperadamente, como si una sombra fatal, la de su desventura, le pisara los talones.

Charles gritaba su nombre a to-

dos los ecos y, al fin, pudo darle alcance. La halló jadeante, deseando morir.

—¡Marión! Escúchame... Debes escucharme...

—¡Déjame! ¡Déjame!

—¡No! He de hablarte... No creas lo que esa mujer te ha dicho. No lo creas.

Ella lloraba...

—No la volveré a ver jamás. En lo sucesivo todo será como antes.

—¡No mientas, no mientas!

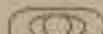
—¡No miento, Marión, amor mío!

Tomóla en sus brazos, para emprender, así, el regreso al hogar, y Marión, dudando de tanta felicidad después de tanta desventura, rumoreó:

—¿Pueden volver las cosas a ser lo que fueron antes?

—Sí, Marión, sí; es a ti a quien amo.

Y era tan inmenso su mutuo cariño, que se prodigaron sonrisas como si nunca, nunca hubiese surgido el menor disgusto entre ellos.



Los dos amores

Al encontrarse en su habitación, sintió Charles la alegría de haber reconquistado su libertad. Por fin, al cabo de aquellas jornadas de pecado, en que permaneció con los ojos cerrados no viendo la verdadera luz, los abrió nuevamente, recibiendo su calor amoroso...

Era libre al sentirse ahora subyugado por los encantos del alma pura de Marión, mientras que antes dominado por los besos absorbentes de la dama del palco, vivía en una esclavitud deshonrosa que ataba su alma con las cadenas de la ingratitude.

¡Porque, cuidado que había sido ingrato con todas las gentes que le

amaban y que, libres de la pasión, querían apartarle de un venenoso influjo! Ahora, después de la dulce reconciliación con la mujer amada, se daba cuenta de su vergonzosa conducta y crispaba las manos contra su pecho, diciéndose que merecía un gran castigo.

Había desoído las advertencias de Oscar, le había faltado, rechazándole como si estuviese loco, burlándose del hombre que había hecho con él las veces de padre...

¡Pobre viejo! Cuando necesitaba más que nunca amor, ternura, bondad, una recompensa al trabajo de toda su vida en aras de aquellos muchachos, hijos suyos adoptivos, por

los que había sufrido sin quejarle las obligaciones de una voluntaria paternidad; él, Charles, lo había olvidado todo, injuriándole, despreciándole.

¡Viejecito amable! Charles no se perdonaría en su vida lo que había hecho contra él...

Y luego habíase mofado de su hermano, que le recordaba severas obligaciones... y ¡oh! lo más grave, lo más terrible, había hecho llorar a Marión, la dulce compañera de infancia, la enamorada leal, la virgen pura que le entregó sus dulces ilusiones...

Por fortuna, había llegado a tiempo de retroceder y otra vez el amor de Marión, faro luminoso de cariño que apagaba la emoción de todas las demás mujeres, alumbraba su vida...

Pensó en la dama del palco, en la mujer de caricias venenosas que había quedado enrojecida de ira por su desdén...

¡Bah! No duraría mucho el disgusto de la bella criatura, flor que se abriría a la primera mano atrevida.

No había Charles comprendido hasta entonces lo que era el amor

impuro, pero ahora se le aparecía claramente y bufa de él, como el caminante que descubre de repente el precipicio.

Aquella mujer era como un riachuelo atraente y seductor, de agua cantarina que corre lentamente por la montaña... Charles había sido como la piedrecita que se echa en sus aguas y parece besarlas en su superficie, pero cae pronto en su fondo para no ser otra cosa que un guijarro más en sus arenas...

Una piedra más... un amor más. En el alma perversa de aquella mujer, caían los amores formando una colección cada vez más abundante, confusa y anónima. El mismo Charles no era otra cosa que una piedrecilla...

¡Y por aquel amor, que no podía darle la tranquilidad, sino todo lo contrario, había él causado tanto sufrimiento!

¿Y era posible que hubiera podido confundir en un mismo plano los amores de Marión y de la otra?

El uno, era un cariño lleno de renunciaciones y de ternuras, suave y dulce, que parecía no poder acabarse nunca... y que daba a su al-

ma, un temple de serenidad, permitiéndole dedicarse a su profesión, perfeccionarse en su arte, cumplir todos los deberes de honradez y de reconocimiento, llevar a su espíritu la alegría de un buen estado de conciencia.

Y la otra pasión, la sensual, la de la sirena, podía momentáneamente satisfacer el ansia infinita del apetito; ¡pero a costa de cuántos dolores ajenos!

No puede ser honrado un amor que para su realización ha de provocar la tristeza y la ruina de gentes buenas e inocentes...

¡Nunca más! Aquello era un episodio lamentable que acabaría para siempre, dejándole la amarga experiencia de la aventura...

Tenía en Marión una perla hermosísima, y por ella daría todas las joyas, todas las alhajas más o menos falsas que se escondiesen en la tierra...

Era preciso hacer definitiva su ruptura con el mal amor de hábito de serpiente... Y sentándose ante una mesa, escribió a la mujer que le habría convertido en un muñeco de

no llegar a tiempo de detenerse en la sira:

No has sido una mujer para mí, sino una obsesión. Desde que te conocí casi he destrozado el corazón de la muchacha que me ama con toda su pureza. He faltado a mi propio hermano y al hombre que ha sido un padre para mí.

Cuando pienso en estas cosas, me aborrezco. Ahora comprendo que mentía mi corazón y el por qué no desseo verte más ni saber más de ti. Perdóname, pero esta es la verdad y he decidido quedarme con los míos...

Cuando hubo escrito esta carta, sintió que desaparecía de su alma el peso de todo remordimiento.

Su conciencia se había purificado como en una confesión.

Acababa de romper los últimos lazos con un pasado deshonesto.

Y ahora... ¡a vivir de nuevo!...

Se casaría pronto con Marión y esa divina perla virginal, sólo daría para él su luz suave y discreta...

Volvería a ser el mismo de antaño y con el viejo Oscar extrema-

L O S C U A T R O D I A B L O S

ria sus ternuras y bondades, pues todo se lo merecía el payaso...

De repente, le pareció oír un leve ruido en la habitación inferior. Tal vez Marión se había metido en el lecho, pronta a dormir dulcemente tras las amargas noches de insom-

nio, causado por la conducta de él.

Y el convencimiento de la alegría de su novia fué la mayor ventura que Charles experimentó... Y se aprestó a dormir también, sabiendo que en sueños sus almas se habían de encontrar...



La tragedia

La carta de Charles sorprendió en el lecho a la dama del palco.

La caprichosa se enfureció al principio, pero recobrándose de su estupor, prometió no dejar las cosas como estaban. ¡No se daba por vencida!

Y escribió a Charles.

Aquella mañana fué Charles el primero en llegar al ensayo.

Marión llegó cinco minutos después, y él, que parecía otro hombre, le dijo:

—¿Quién es el último esta vez?

—Yo, sí, y no te digo la razón.

—¿Por qué no? En toda tu vida has tenido secretos para mí.

—Tal vez encuentres algo agradable en tu cuarto.

Charles, impaciente por saber qué era ello, abandonó el trapecio y dirigióse a su camarín.

Marión sonrió. Estaba segura de que Charles quedaría gratamente impresionado al encontrar encima de la mesita del cuarto un estuche con un reloj de pulsera de oro, obsequio suyo en substitución del otro reloj, el de su madre, que ella le regalara también, cuando eran niños, y el cual guardarían como una reliquia.

Con el regalo había esta dedicatoria:

A Charles, con mi eterno amor,

Marión.

Pero sucedió que la sorpresa que

recibió Charles al llegar a su cuarto, no fué la que le preparara Marión, sino la insospechada presencia de la dama del palco.

Charles quedó paralizado por el estupor, y avanzando hostilmente hacia la pecadora, inquirió:

—¿Por qué has venido aquí?

Ella, felina, sagaz, gimió:

—Para rogarte que me perdones.

Le rodeó el cuello con sus brazos de lirio, cuyo perfume embriagaba los sentidos, y le besó; pero Charles no devolvió la caricia, sosteniendo ruda lucha consigo mismo entre el deber y la tentación.

Ella, viendo que él cedía más y más, demostrando que no la había olvidado tanto como él decía, prosiguió, entrocándose a su voluntad, para dominarle a su antojo:

—¿Cómo tuviste valor para escribirme aquella carta tan cruel?

—Porque anoche me convencí... de que nuestros caminos son diferentes.

—¿Perdóname!

Súbitamente, Charles pensó que Marión, extrañada de su prolongada ausencia, podría llegar al cuarto de un momento a otro, sorprendiéndole

con la caprichosa, y resolvió alojar a ésta inmediatamente de allí; pero para ello era necesario que él saliese con ella, como si aceptase reanudar sus relaciones amorosas, fingiendo que la acompañaba de buen grado hasta su casa.

La dama del palco sonrió complacida al considerar vencido a Charles, y pensó, con perversidad, en las lágrimas que derramaría la insignificante acróbata enamorada del gallardo mozo.

Un poco después, Marión, sorprendidísima, abandonó a su vez el trapecio y dirigióse al camarín de Charles.

No le encontró, y sí en su lugar esta nota:

He ido a resolver un asunto importante. Volveré a tiempo.

Charles.

¿A qué asunto se refería?

Luisa y Roberto habían ido también al camarín, y al leer la nota de Charles, Luisa dijo a su hermana:

—Estoy segura de que ha ido a comprar alguna cosa para ti.

¡Oh! ¡Tal vez sí! El reloj de pulsera no estaba encima de la me-

sita, y tampoco el estuche. Eso demostraba que se lo había llevado Charles.

Pero... ¡oh, dolor!... Marión vió de repente en el suelo, junto a una rosa de fuego, el estuche y el reloj... y la dedicatoria.

Y, con la fugacidad de un relámpago, Marión relacionó los hechos... revelándole, finalmente, la terrible verdad, aquella rosa caída junto a su reloj...

Con precipitado gesto, sin ser vista, recogió el estuche y lo ocultó en el cajón de la mesita de Charles y agotadas sus sobrehumanas energías por impedir que Roberto y Luisa se enterasen, viendo el reloj y la rosa, de la nueva debilidad de Charles, tambaleóse y cayó desmayada.

La auxiliaron, asustados, los dos

jóvenes, y al recobrase, preguntándose aquéllos la causa del extraño desvanecimiento, cuando todo hacía suponer que Charles había salido del circo para comprarle un regalito en compensación del suyo, Marión, para disimular, murmuró:

—No es nada.

Y volvió a cerrar los ojos, para ver claramente, con la fuerza de su calenturienta imaginación, a la dama del palco en el camarín tentando y atrayéndose otra vez a Charles...

¿Y había sido ella, la malvada, quien tiró el reloj de pulsera al suelo, para que Charles no lo viese?

Ella fué, sí. ¿Voluntariamente? ¿Por pura casualidad?

El caso fué que ella, al sentarse sobre la mesita, empujó hacia el borde de la misma el regalo de Marión, cuando besaba a Charles, y el estuche cayó al suelo con una rosa.



Charles se le escapaba a la dama del palco. Era innegable que el poder de su fascinación había menguado mucho. Dedidida, pues, a esgrimir la más afiladas armas, y vertiendo lágrimas de cocodrilo, logró conmovier... y retener a su lado a su presa.

A consecuencia del disgusto recibido, Marión tuvo que ponerse en cama, aprovechando las horas del día para reponer sus fuerzas para la representación de la noche, la función de despedida de París.

Oscar no se apartaba de su lado, sufriendo en silencio.

Era muy tarde y Charles no había regresado aún. Marión, que le aguardaba a cada instante, dijo repentinamente a Oscar:

—Estoy ya bien, tío... Sólo necesito descansar un poco.

—No pienses en nada, hija mía... Reposo... reposa...

Pero apenas Oscar hubo desapa-

recido, Marión rompió a llorar con intensa desesperación.

Y llegó la hora de la función de despedida... y Charles no estaba aún en el circo.

¿Qué le había ocurrido? ¿Acaso no le verían más?

Marión esperaba acurrucada en su camarín, como si quisiera pasar inadvertida para todos.

De pronto, con tiempo justo para vestirse, apareció Charles.

Al oírle, Marión se animó para él. ¡Había vuelto!

En su camarín, halló Charles un ramo de flores de la dama del palco, pero, furioso, habiendo decidido irrevocablemente no verla más, arrojó las flores al suelo, maldiciendo a la que se las enviaba.

Luego, al abrir el cajón, encontró en él el reloj de pulsera con la dedicatoria de Marión, y su alegría y gratitud fueron enormes. ¡Pobre-

cita Marión! ¡Cómo la había hecho sufrir!

Quiso ir a reunirse con ella en su camarín, pero era demasiado tarde. Le llamaban insistentemente para que se reuniese con sus compañeros.

Y Los Cuatro Diablos hicieron al poco su última aparición, aquella temporada, en la pista del Gran Circo, que registraba con tal motivo y el hecho de realizar el salto de la muerte sin red, un lleno imponente.

Marión no dirigió la menor palabra a Charles en el escenario, y al subir al trapecio, negóse también a mirarle, aunque...

Charles la sorprendió llorando, y apenado, le rogó:

—¡No llores! Nos queremos y nada ya puede ahora interponerse en el camino de nuestra felicidad.

Ella nada dijo. ¿Podía tener fe en él aun?

Charles ejecutó una de los ejercicios preliminares, y de regreso al trapecio, junto a Marión, insistió en hacerse perdonar.

—¡Créeme, Marión! ¡He terminado con ella para siempre!

Pero Marión seguía esquivándole... aunque empezando a creerle...

porque la mujer del palco no estaba en el circo.

Mas, de súbito, cuando Charles y Marión iban a dar el salto de la muerte, sin red, apareció la maldita en su palco habitual.

Charles, que realizaba la temeraria hazaña en tal momento, no la vió; pero sí Marión, que cegó de amargura. Iba a saltar, como lo había hecho ya Charles, pero su fuerza la abandonaron, y al ver cómo la caprichosa arrojaba una de sus flores rojas, de perdición, a Charles, se dijo que era preferible morir a sufrir de tan terrible modo... y no hizo el menor esfuerzo para sostenerse suspendida en el vacío del trapecio desde el cual iba a terminar el salto mortal.

Y cayó.

Se produjo una confusión enorme entre el público. Gritos, lamentos, todo el desgarrador espectáculo de la tragedia.

La mujer fatal, horrorizada, enloquecida, huyó del circo, y arrojóse al interior de su automóvil, no queriendo ver, no queriendo recordar, deseando morir. ¡Qué castigo no merecería por sus crímenes!

—¡A casa! ¡A casa! — gritó al chofer.

Y al ver una camilla entre la confusión del gentío, revolcóse en el fondo del coche, como si la estuvieran martirizando con cien puñales. ¡Era el remordimiento!

¡Oh! ¡Nunca, nunca más!

En tanto, en el circo, Charles, que se había abrazado como un demente al cuerpo inerte de Marión, siendo preciso separarlo de él, para que fuese conducido a la enfermería con la urgencia que requería el caso, pues la infeliz daba señales de vida, moríase de dolor, de vergüenza y de arrepentimiento en su camarín, golpeándose la cabeza y el rostro, considerándose un monstruo.

Oscar, el buen padrasto, el hombre que tenía un corazón muy grande, tan grande que cubían todos los su-

frimientos, los propios y los ajenos, fue a consolar a Charles.

Los dos hombres se abrazaron, suplicando perdón Charles y perdonando Oscar, y díjole éste:

—¡Vivirá, hijo mío! ¡Vivirá!

Transcurrieron interminables momentos de angustia, y cuando, al fin, pudo Charles reunirse con Marión en la enfermería del circo, al verla tan pequeña, tan menuda, tan angelical... cayó de rodillas, sollozando...

¿Sabría perdonarle Marión?

El la amaría siempre, quedase como quedase, aunque Dios ayudaría a la ciencia para que la terrible caída no dejase huellas...

Ella, sin pensar en sus heridas, dijo... por todo decir:

—¡Te amo, Charles! ¡Te amo!

F I N



PRÓXIMO NÚMERO

La emocionante novela

¡RIE, PAYASO, RIE!

Por el formidable artista **Lon Chaney**



Portada multicolor
16 artísticas ilustraciones



EN PREPARACION:

EL EMOCIONANTE ASUNTO RUSSO

NOSTALGIA

por Mady Christians

LA SUPERPRODUCCIÓN DE

Selecciones Capitolio

La Sinfonía Patética

por el ex-boxeador campeón Georges Carpentier, Henry Krauss, Olga Day, Michèle Verly, Regina Dalby.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y René Adréc.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Miller.—La pube-
cena que supo amar, por Huguené DuBus y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantas, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien.
Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Bori.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Langrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La flía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Rey y May Mac Avoy.
La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Navarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Tripoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes. La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.
El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnavales de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amante, Moulin Rouge, La Bailarina de la Ópera y Ben-Ali

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

GRAN ÉXITO

del Número Almanaque para 1929 de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Profusión de grabados.
Interesantes argumentos
de películas. Bellísimos
cuentos. Entreviú con la
reina de las modistillas.
32 fotografías-bustos de
los más populares astros
cinematográficos

REGALO de un valioso
álbum para coleccionar
las postales de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**
del año 1928

De venta en todos los puestos de librería

No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

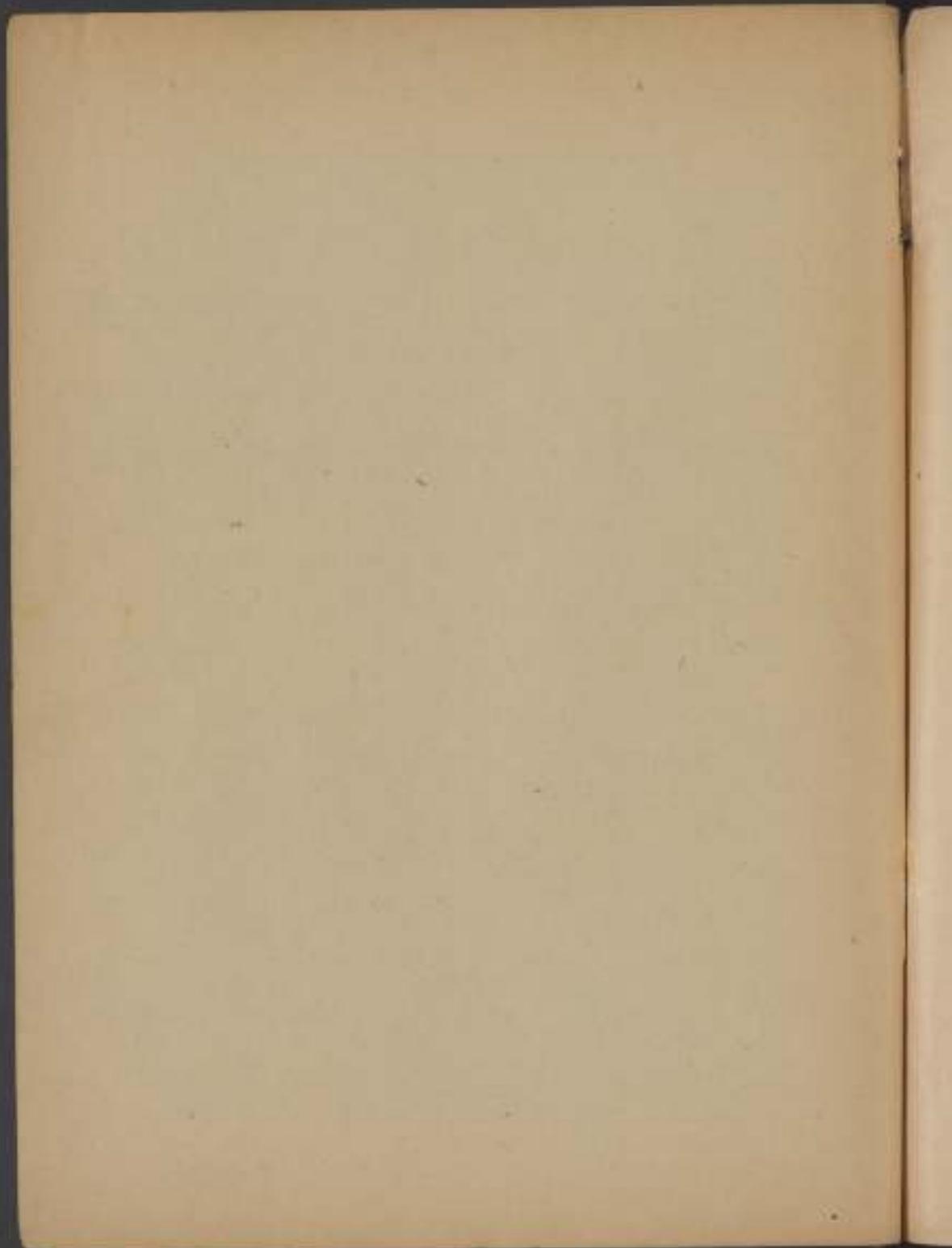
**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

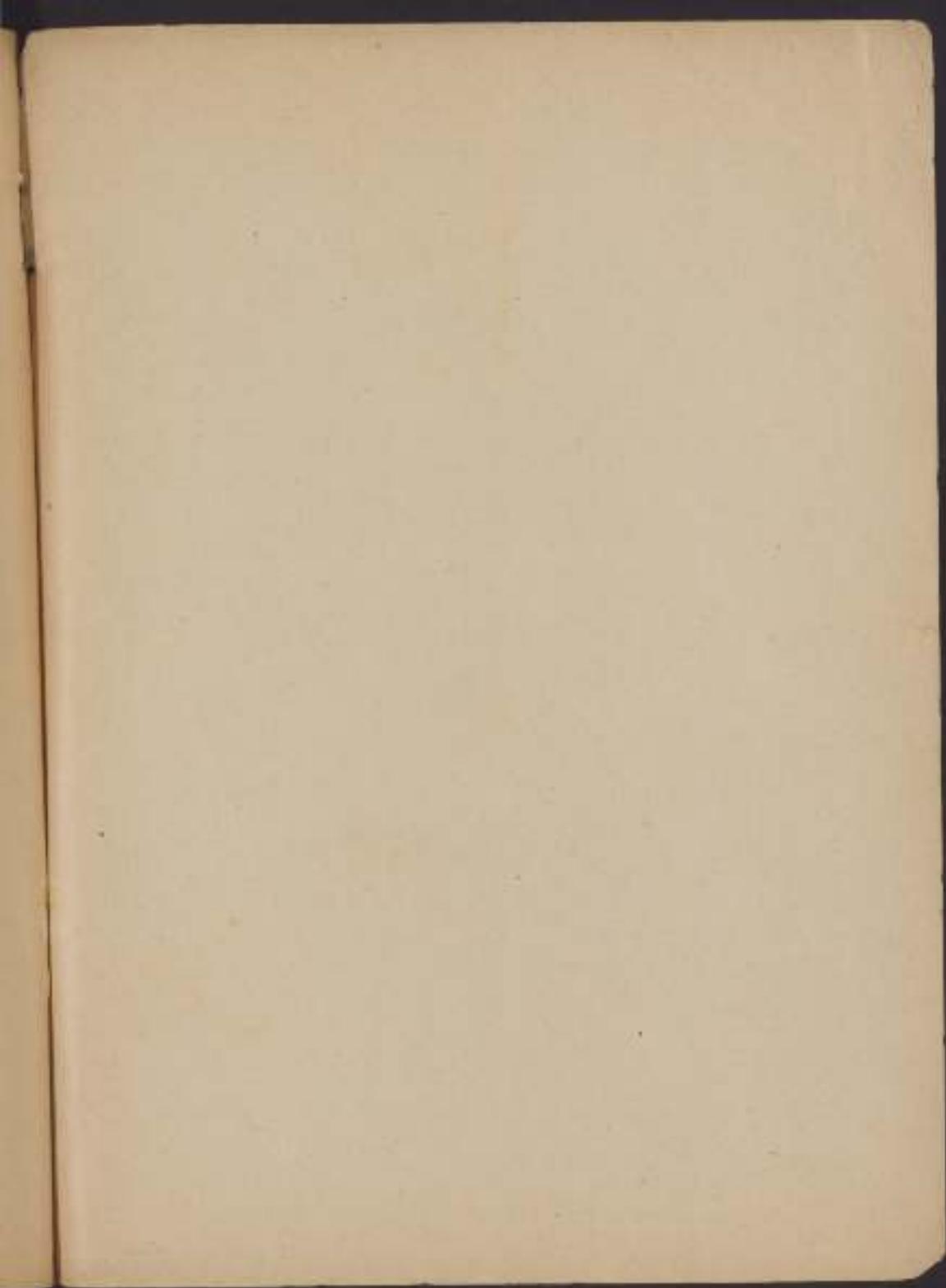
Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbà, 16. — Madrid: Ferraz, 21.





EB

8
Precio: 1'50 ptas.